

1877. X

EL ACADEMICASTRO

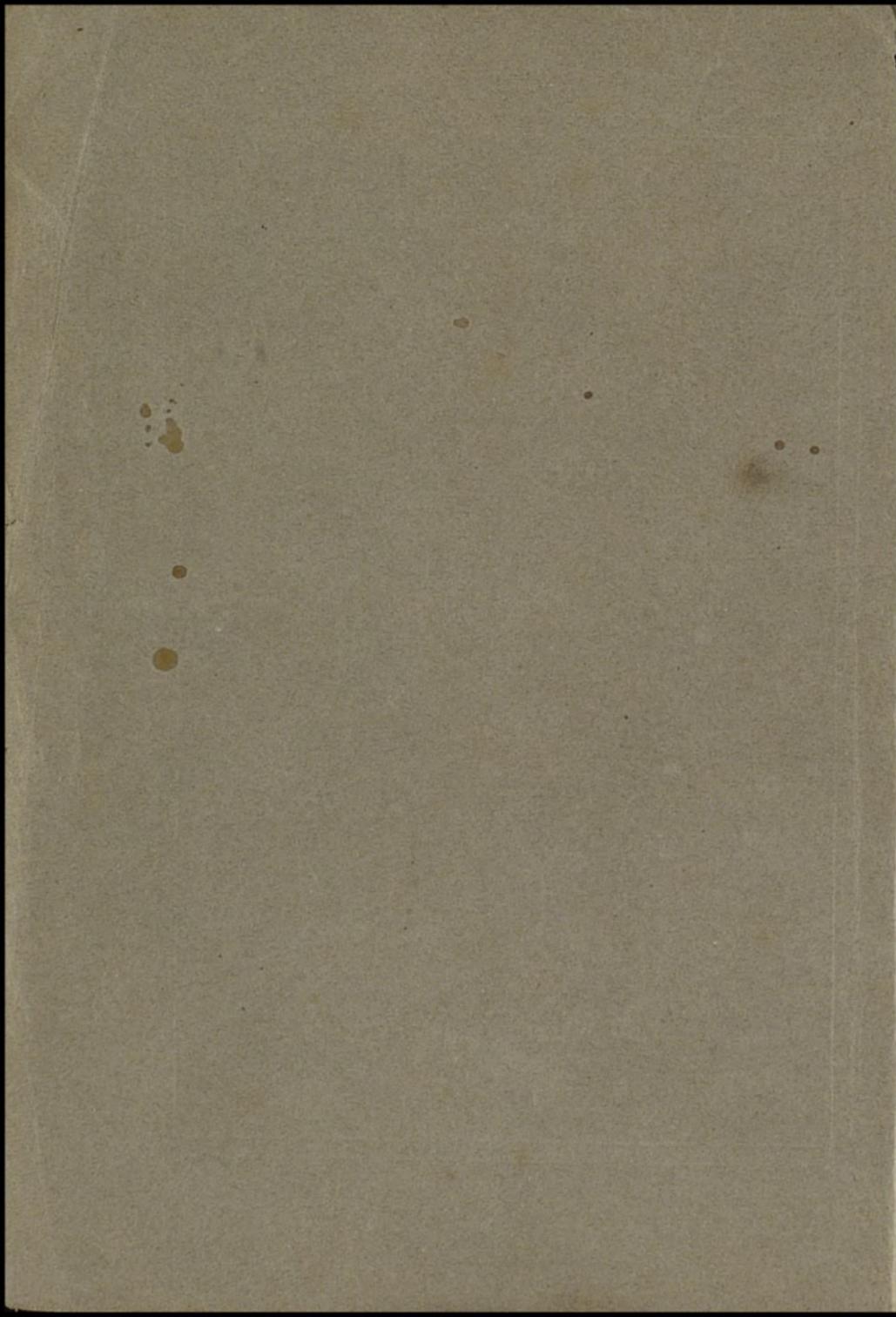
Ó SEA

D. JACINTO FLORES ESTRADA

ESTOS ARTÍCULOS HAN VISTO LA LUZ PÚBLICA EN
LA PRENSA GADITANA.

CÁDIZ: 1877.

TIP. LA MERCANTIL,
DE D. JOSÉ R. Y RODRIGUEZ,
Sacramento, 39.



5 XIX
6970

EL ACADEMICASTRO

Ó SEA

D. JACINTO FLORES ESTRADA

ESTOS ARTÍCULOS HAN VISTO LA LUZ PÚBLICA EN
LA PRENSA GADITANA.

CÁDIZ: 1876.

TIP. LA MERCANTIL,
DE D. JOSÉ R. Y RODRIGUEZ,
Sacramento, 39.

EL ACADEMICASTRO

Ó SEA

D. JACINTO FLORES ESTRADA. ⁽¹⁾

I.

TESOROS ESCONDIDOS.

Pues señor : empecemos por el principio.

Han de saber nuestros lectores, que en la ciudad de las columnas de Hércules, se publica un periódico artístico y literario (vamos al decir) que se llama *La Verdad*, como pudo llamarse *El Laberinto*, *El Esquilon*, *La Trampa* ó *La Caña de Pescar* ; porque en esto de dar nombres á sus engendros, los padres y los

(1) Esto no va á ser un drama de gran espectáculo, como parece por su título, ni cosa siquiera que se le parezca.

directores de los periódicos pueden elegir los que sean más de su agrado, cuádreles ó no les cuadre á los recién venidos á este valle de lágrimas. Y recordamos que no hace muchos años se publicó en Cádiz un periódico, cuyo director tuvo la humorada de llamarle *El Sinapismo*, cuando quizás le hubieran cuadrado mejor los nombres de *La Flecha*, *La Saeta* ó el *Fusil de Aguja*.

Y es tambien de saber, que en aquella nominada *Verdad*, para más solaz de sus lectores (suponiendo como es de suponer que los tenga), dá sus frutos (y hasta sus hojas y raíces) un D. Jacinto Flores y Estrada, que podrá ser muy conocido del ex-librero que dirige el periódico; pero que ni en la *Guia de Cádiz* aparece su nombre, ni han podido dar razon de él las muchísimas personas que han sido preguntadas. Mas D. Jacinto debe ser pájaro de cuenta, y lo poco, poquísimo que de él se sabe, no puede ser más auténtico, pues es de su propia cosecha. Ha dicho que *es hombre de buen humor*, y que tiene amigos buenos.

¡Buenos amigos y buen humor! ¡Ay! pues

esto es casi poseer la piedra filosofal y el elixir de larga vida ! Buen humor, supone perfecta salud, conciencia tranquila, buen sueño y deseo de placeres. Tener amigos buenos en estos tiempos, es poco ménos difícil que interpretar *El Quijote* por *Ei Busca Pié*.

Pero si él tiene buen humor, yo lo fumo en pipa, de modo que me propongo, Dios mediante, y sin perjuicio de tercero, hacer pasar un buen rato á mis lectores (que deben ser personas que no tengan nada peor en que entretenerse, si no es en leer los escritos de D. Jacinto) poniendo en claro y en todo su relieve las agudezas, sentencias, investigaciones y otros trabajos del personaje que nos ocupa, tesoro escondido que hasta hace poco no ha visto la luz del Sol (ni de la Luna), filon riquísimo é inexplorado de conocimientos enciclopédicos ; porque, sabedlo de una vez, y temblad ! D. Jacinto es filólogo, arqueólogo, teólogo, geólogo, zoólogo y no sé si campanólogo ; todo esto se ha evidenciado en sus artículos relativos al Catálogo del Museo de Pinturas, y en los referentes á los Estatutos

de la Academia gaditana de ciencias y letras.

Ved, si no, con qué oportunidad, con qué gracia, y especialmente con qué buena fé, enristra su punzante péñola, y penetrando en la Asademia provincial de Bellas Artes (¡ qué valor !) coje el Catálogo del Museo de Pinturas y á este quiero, á este no quiero (aunque otros dicen que no quiere á ninguno) aquí dá un cóрте, allí dá un tachon, allá un pinchazo y acullá una cortadura, y rompe, desgarrá, tritura y pulveriza aquel mal engendro, acogota á la Academia y se ciñe erguido la corona de la victoria que en su gabinete, ó soñando, ha ganado.

Pues miradle (¡ y todo por amor á la ciencia !) como se prepara, y con medio cuartillo de tinta en su negro y profundo tintero y la mohosa pluma en la mano, riñe desigual batalla con los Estatutos de la Academia gaditana de ciencias y letras, y cortando una sílaba aquí, quitando una coma allá, á este artículo un tachon, á aquel párrafo una enmienda, queda todo el campo por suyo y, cual gladiador triunfante, recibe las ova-

ciones de los ilusorios espectadores del circo.

En tanto, esos infelices académicos molidos, magullados por la terrible maza de este Hércules gaditano (doy por supuesto que D. Jacinto nació en Cádiz) no se atreven á contestar ni una palabra. ¿ Qué van á contestar á este águila del pensamiento, á este Alcides esforzado, los pigmeos que componen una y otra Academia? Callan, callan y callarán, porque hay cosas que no tienen contestacion, unas veces por la persona que las dice, y otras porque al decir las ya están contestadas.

Pero yo, admirador del genio de D. Jacinto, no puedo permitir que se pierdan en el vacío, como hasta ahora, las elucubraciones de un literato tan distinguido.

Algunos necios han tenido la mala ocurrencia de preguntar ¿ qué fiebre padece Don Jacinto que en oyendo el nombre de Academia se pone nervioso, á la manera que el gato encrespa la cola cuando el perro ladra, ó que éste ahulla si pasa por la tienda donde el travieso aprendiz le ató un chocolatero al rabo? ¿ Es que á Don Jacinto le ha

ocurrido alguna broma pesada en la Academia ?

No, nada de eso ; es todo por amor al arte, es su pasion por la ciencia, es delirio por la buena literatura ; porque D. Jacinto es tan científico, como literato y tan literato como artista ; trinidad que se armoniza en su persona con el más perfecto nivel.

Y dicen otros mentecatos:—Pero ¿qué le importará á D. Jacinto que los Estatutos estén mal redactados, ó que el Catálogo del Museo sea una coleccion de disparates, supuesto que él no es académico ? ¿Qué menoscaba esto su fama, su saber, ni su posicion social ?—Pero á estos mequetrefes les contestaria yo, que Don Jacinto debe de ser uno de esos ciudadanos modelos de virtud y honradez que aman la justicia y aborrecen la iniquidad, que viven para el bien, y mueren por el mal ; almas elevadas y corazones enteros que siempre están del lado de la virtud y en contra del vicio, y que no pueden sufrir se menoscabe el ideal que llevan grabado en su corazon. Este Don Jacinto (¡lástima que no lo conozcamos!) es

uno de esos que, por ejemplo, si ejerció cargo público, siempre lo haria con la mayor fidelidad y exactitud; si fué Gobernador de alguna provincia, dejaria grata memoria de su benéfica administracion; si es, pongo por caso, Académico de la Historia, lo deberá á verídicas y exactas investigaciones de las que jamás tuvo que retractarse; si de San Fernando, á profundos conocimientos en Bellas Artes y tal vez á sus apreciaciones sobre cuadros y escuelas; si de María Victoria... ¿Pero á qué seguir? D. Jacinto, modelo de virtud y de honradez, tipo de sabiduría y discrecion, se encuentra fuerte, ¡muy fuerte! para atacar á los demás y dejémosle por hoy que descanse, no sin rogarle que vea al autor de la *Guia de Cádiz*, para que inscriba su ilustre nombre entre los insignificantes, como el mio, que es una lástima que permanezcan estos *tesoros escondidos*.

UN SUSCRITOR.

Estepona 19 de Noviembre de 1876.

Muy señor mio y apreciable desconocido :

Aunque empiezo por honrar mi escrito con el nombre, apénas naciente y ya radiante como el sol sobre los horizontes de la cultura gaditana, del Sr. D. Jacinto Flores Estrada, no es mi propósito turbar sin duda la generacion de una de esas elevadas y generosas críticas con que ilustra juntamente á su patria y á su nombre, atrayendo su mirada sobre estas humildes líneas. Dirigidas van por el contrario, al galante campeón que ha venido á defenderle, si no contra enemigos francos y decididos, contra esa multitud de pequeños rumores que, sin tomar forma concreta y decidida, minan sordamente las más altas y bien cimentadas reputaciones literarias y morales.

Con marcial continente y resuelto ademán enrastro yo mi péñola (y siento en este instante que no pinche) para acudir desde este rincón en que me encuentro, á colocarme al lado del denodado defensor y justiciero apologista de D. Jacinto, por más que con caba-

llesco espíritu traiga aquel al palenque la visera calada y sin mote el escudo.

Han llegado al humilde recinto en que vegeto los chistosísimos, sapientísimos y honorabilísimos escritos del D. Jacinto, contra la Academia de Bellas Artes de Cádiz, y me he estremecido hasta la médula de los huesos al imaginar todo el esfuerzo, toda la heroica violencia que ha debido hacerse el espíritu ilustradísimo, y aún más generoso que ilustrado, de esa almáciga de erudicion, ó cajon de recortes, que *arrastra* por el orbe artístico y literario el poético nombre de una flor, para atacar, con tanta travesura como agudeza y discrecion, á toda una Academia de Bellas Artes, sin respeto, no ya á sus laboriosos y dignos miembros, sino al decoro de la ciudad natal, al honor del arte, y á las delicadezas que reclaman la respetabilidad de las personas, la nobleza del intento expresado en el Catálogo y hasta la dignidad de la mision elevada del crítico. Aquí su misma ciencia, su mismo talento y quizás (y sin quizás) la misma integridad de su conciencia, siempre tí-

mida para con clásicos y autores y siempre segura en sus propias opiniones, han debido llevar en mi concepto al ilustre crítico sobrado léjos.

Mas yo no puedo creer, yo niego rotundamente, lo que á cada momento oigo susurrar á mi oído á ese *run-run*, terrible eco de la justicia popular, que con severas y robustas voces me dice, que no es amor á la verdad, sino ódio á la obra, lo que mueve la adiestrada pluma de D. Jacinto ; no deseo de la justicia, sino rencor de las pasiones, lo que le hace entrar en un trabajo pacientísimo de es-purgo, para amontonar con *poco envidiable fruicion* sobre algunos yerros disculpables ó explicables fácilmente, una multitud de sandeces, bufonadas, pelillos, exageraciones, errores y apreciaciones particulares, para provocar un efecto que no llega, ó hacer impresion en espíritus ávidos de miserias y afanosos de chismografía.

No y mil veces no !

Patriotismo, amor de ciudad, gratitud hácia un pueblo en que se siente honrado y

atendido, y cuyos fueros literarios debe defender contra ese aluvion de gente advenediza y sin méritos, que sale de su tierra para ir á vaciar en la agena el contenido de su ignorancia (cero) y el arca de sus vanidades (humo): hé aquí lo que debe haber experimentado ese D. Jacinto, nuevo *Quijote* de artísticas *Dulcineas* y desfacedor de literarios entuertos. Porque para presentarse, aunque fuese enmascarado, á las puertas de ese honroso palenque de la general ilustracion de un pueblo, á fallar *pontificalmente* respecto del mérito de cuanto allí se publica; para perseguir con envenenados dardos todo esfuerzo de ingenio ó todo parto de laboriosidad y noble anhelo; para reclamar el soberbio derecho de imprimir el más soberano *exequatur* á toda produccion, así fuese la Biblia, que se atreva á herir con su nombre los aires de la publicidad; para erigirse en juez supremo de todo mérito, defensor invencible de la cultura gaditana, y delator inexorable de todo desliz y de toda imperfeccion, necesitase de una *omnisciencia* escandalosa, de un valor que los

malévolos llamarán desfachatez, y de un encono que habrá quien juzgue impotencia.

Hombres como D. Jacinto, hay pocos en el mundo ; unos tres ó cuatro en cada localidad, todo lo más ; pero esto basta para poner miedo á todas las Academias habidas y por haber ; porque así como el *piporro* de Manolito Gazquez conmovia hasta en sus seculares cimientos la Basílica Romana, así la potente voz de esos nobles talentos, distribuidores de la justicia literaria, hace retemblar hasta las más viejas cenizas de los genios que yacen en sus tumbas, y hasta las letras que se asoman medrosas á las plumas de los científicos modernos.

¿ Qué sería de la sociedad, qué del mundo artístico y literario, qué de la fama y buen nombre de los pueblos, sin (ó con) hombres de la talla de D. Jacinto ?...

Ciencia, ilustracion, honradez, dignidad, años de estudios, canas, un capital sacrificado en aras del trabajo, una vida pública íntegra y pura gastada en merecer el aprecio de los buenos, la admiracion de los sabios, el

amor de los justos y la estimacion de todos, es lo que suponen sin disputa esas preciosas páginas con que D. Jacinto corona su carrera literaria, y añade un nuevo laurel á su ya frondosa corona (á lo que creo) de literato erudito y crítico inapelable.

Cuénteme V., aunque de léjos, señor panegirista justiciero si bien anónimo, en el número de los que más han de ayudarle á rendir un tributo de admiracion á esa gloria de la ilustracion gaditana, á quien preciso será oír como á un oráculo y acatar como á pontífice infalible en el sacerdocio del saber y la dignidad literarias.

Permítame V. que me oculte como V. mismo, ya que es tan lícito ocultarse para defender, como seria feo taparse para atacar.

Suyo afectísimo amigo,

OTRO SUSCRITOR.

II.

¿QUÉ DIRÁN LOS EXTRANJEROS?

Hecha mi profesion de fé y pronto á defender á capa y espada, y hasta á trancazos, la sin par erudicion, ciencia y arte de D. Jacinto, voy á entrar en materia, no sin consignar ántes la agradable sorpresa con que he visto salir al campo otro valeroso admirador de las proezas de dicho personaje, dispuesto, como yo, á darle á D. Jacinto todo lo que se merece. Aún puede que salgan más paladines.

Por lo que á mí toca, cual otro Suero de Quiñones, me sitúo en el puente de mi creencia y no tolero que nadie pase por él, sin que confiese ser D. Jacinto el más acabado modelo de conocimientos enciclopédicos, y que su opinion y juicio están por encima de toda persona y de toda corporacion, ya sea científica, ya artística, ya literaria. Tal es el *paso hon-*

roso que, cual aquel esforzado caballero, me propongo sostener, y reto á todo el que dijera lo contrario.

A la prueba.

En un arranque de santa indignacion dice

D. Jacinto :

« Que una Academia que para este caso nombra una comision de *correccion de estilo*, y que hasta la refuerza con su Presidente, cometa faltas de las que van á verse, parece *imposible*, por más que todos lo miren *impasibles*. »

(Ménos D. Jacinto.)

« Hubo una familia de artistas (sigue Don Jacinto) Pedro Breughel, el viejo, Juan Breughel y Pedro Breughel (el jóven). »

« La Academia de Cádiz (continúa D. Jacinto) les ha variado por sí y ante sí el apellido, no llamándolos *Breughel* sino *Brenghel*. »

Esto es feroz, terrible, inaudito ! Pues no es nada el confundir una *ene* con una *u* en la correccion de pruebas ! Lo mismo ha hecho con *Bayeu* que lo ha convertido en *Bayen*.

Qué dirán los extranjeros ?

Mas para esto hay en Cádiz un D. Jacinto (él mismo lo ha dicho) que revela, corrige y censura estas graves faltas, sin que haya necesidad que pasen una nota las naciones extranjeras al ver estos deslices de la ignorante Academia ; y todo lo hace D. Jacinto por patriotismo, todo por cariño á Cádiz y á su buen nombre, todo por amor al arte !...

Como dice muy bien D. Jacinto, esos *infelices académicos* no tienen costumbre de oír esos nombres exóticos y los escriben y pronuncian equivocadamente.

Por igual razon debe ser el que en las dos ediciones del Catálogo del Museo de Madrid (1854 y 1873) redactado por el respetable y entendido D. Pedro Madrazo, se repita más de veinte veces el apellido Breughel con la errata de imprenta que se puede observar á continuacion : *Brueghel* ; esto es, la *u* antes de la *e* ; mas aquí tenemos á D. Jacinto que puede dar algunas lecciones al Sr. Madrazo y á toda la Academia de San Fernando.

Lo más grave del caso es, que se hubiera

nombrado una *comision de correccion de estilo* (que dicho sea entre paréntesis nada tenia que ver con la correccion de pruebas), porque si hubiera sido uno solo el que lo hiciera, pase; todos los que escribimos estamos expuestos á no advertir erratas y á que contra nuestra voluntad digamos en letras de molde lo que jamás hemos pensado escribir.

(Son palabras de D. Jacinto.)

Pero habiendo *comision de correccion de estilo*, ya varia el asunto; pues sin duda Don Jacinto tendrá averiguado que todos corrigieron á la vez las pruebas con microscopios de oculares múltiples inventados *ad hoc*. No tiene, pues, absolucion este grave pecado. Den una vuelta al revés las *enes* y háganse *ues*, porque si no ¿qué dirán los extranjeros? Nada: porque aquí está D. Jacinto para mirar, no sólo por su honra, sino tambien por la de la nacion entera.

Pero allá va otro pecado tremendo.

La Academia no sabe el A, B, C, probado por D. Jacinto. En efecto: ésta coloca ántes que á Callot á Cano, ántes que á Corrado á

Correggio, etc. No puede darse un Catálogo formado con *más desórden* y desaliño, dice D. Jacinto. Es verdad que también dice en el artículo I... ese catálogo escrito por lo demás con *mucho método* é impreso con gran gusto...»

En cualquier persona esto sería un disparate, porque ¿*si no cabe más desórden* en el Catálogo, cómo está escrito con *mucho método*?; pero D. Jacinto es un personaje olímpico que sale fuera de las leyes de la lógica y del buen sentido.

Mas, volviendo al A, B, C, á cualquiera se le ocurre que no siendo el Catálogo un diccionario de la lengua, que ha de contener doscientas mil voces, no se ha querido seguir un orden alfabético riguroso más que en la inicial. Mas lo dice D. Jacinto: punto redondo.

Otro descuido grave de la Academia.

«El D. Juan Herrera (habla D. Jacinto), cuyos apuntes biográficos se insertan en la página 168, no se llamaba verdaderamente así... D. Juan Gonzalez y Herrera y no D. Juan Herrera á *secas*, eran sus verdaderos apellidos paterno y materno.»

Lo notable de esta observacion es, que Don Jacinto nombra cuatro ó cinco veces á este pintor en el mismo artículo, y le llama Don Juan Herrera á *secas*; pero ya hemos advertido que nuestro héroe está fuera de la ley comun.

Y, despues de todo, vamos á ver ¿ qué trabajo le costaba á esa infeliz Academia el ver la primera nómina que cobró el dicho Herrera? Allí veria, segun D. Jacinto, que su firma decia: Juan Gonzalez y Herrera.

¿Qué dirán los extranjeros de esta abandonada Academia, que al escribir la biografía de un pintor no vé la primera nómina que cobró?

Esto es inaguantable, y por lo ménos debia el Gobierno hacer en castigo que registrara todo su archivo; pues la Academia, segun D. Jacinto, *no conoce aún lo que tiene en su archivo.*

Y, á propósito de archivos, algun curioso ha observado la repeticion con que D. Jacinto cita los archivos. Es una especie de manía, es una idea que parece perseguirle siempre: ¡ los archivos!

Ab! los archivos, los archivos... Si los mudos legajos que allí existen pudieran hablar! Si levantaran sus delgadas hojas y tomando cuerpos y voces humanas, lanzaran al aire los terribles secretos que en ellos se esconden!

¿Qué dirían los extranjeros..... y los españoles?

Pero observo que me iba poniendo serio, y todo lo de D. Jacinto, como ha dicho él mismo con oportunidad, es cosa de buen humor, de risa, de pura risa.

Riamos, como ha reído la Academia y como yo ríe y deseo que ríen todos los que lean estos disparatados renglones, sin hacer excepción de nuestro héroe, al que por hoy abandonamos al descanso.

UN SUSCRITOR.

Getafe 26 de Noviembre de 1876.

Muy señores mio:

«Pon lo tuyo en consejo, decia Cervántes, y unos dirán que es blanco y otros que es negro.»

No me extraña, pues, mis queridos panegiristas, que á pesar de nuestros esfuerzos, aún haya quien zumbé á nuestros oídos algunas frasecillas de punzante censura contra el bueno de D. Jacinto.

No basta que ustedes hayan demostrado la generosidad y elevado propósito de este ingenio; no basta que en sus mismos *galantes* términos demuestre este erudito famoso el mayor respeto á esa desdichada Academia y á esos malaventurados académicos, que entraron en la rara tentacion de *cataloguear*; no basta (y esto no me extraña), que mi pluma se haya mojado en el zumo de la más santa de las indignaciones, para propalar la ilustracion y recta intencion de su señoría: todavía hay

quien sostiene que D. Jacinto ha manchado su papel con la baba de la envidia y puesto las letras al servicio de rencores personales.

¡Infamia como ella!.....

Tengo para mí que no hay más feo delito que el de emplear la ilustracion y el ingenio al servicio de inmundas pasiones. Los puñales se hicieron para herir, que no las lenguas; y la esfera privada, que no la prensa, para resolver incompatibilidades personales.

¿Cómo ha de desconocer D. Jacinto el culto que se debe á la palabra, ese don divino, él que se muestra tan entendido en materia de santos? ¿Cómo ha de haberse olvidado de las virtudes, él que se ostenta tan lleno de evangélica unción? ¿Cómo ha de ignorar el respeto que se debe á la prensa, él, publicista y bibliófilo, periodista *de humor* á ratos y crítico *saleroso* á veces?... ¿Y es posible que desconozca D. Jacinto cuánto acatamiento merece, ya que no una Academia, un pueblo y un pueblo que dispone de una prensa ilustrada y decorosa, casi tanto como sufrida y tolerante, él, que ha hecho oír tantas cosas á ese

pueblo y hecho decir tantas cosas á esa prensa? Imposible!...

Y como dice el sagaz D. Jacinto «que es preciso juzgar cada cosa por la importancia que se le dá,» y su señoría le ha dado tantísima á su concienzudo trabajo *ratonil*, preciso es apreciar los resultados de su sapientísimo espurgo en todo el valor que se ha dignado darle, y que le han dado al parecer sus admiradores y apologistas, que no dejan de tenerlo en este pícaro belén del mundo, trabajos de esta índole y con semejante propósito.

Observen Vds., mis apreciables amigos, con qué gracejo exclama D. Jacinto que «la modestia ha huido de la Academia» porque el prólogo ha tenido la doble avilantez de encarecer la importancia de *todo Catálogo*, y de celebrar ese espíritu de laboriosidad y ese deseo de hacer algo útil á las artes y á sus adictos, mostrado por los académicos; observen Vds., observen Vds. con qué ingenio compara el Catálogo con una decoracion de Bonardi ó de Busato, reservándose el derecho de enseñarla lué-

go al público por el agujero de ese *titirimundi* de sus escritos críticos.

¡Cómo á la inmodestia de los académicos opone la dignidad, la majestad, la infalibilidad de su criterio omnisciente, absoluto é inflexible!...

¿Y cómo se ha atrevido la Academia á decir que jamás se ha impreso el Catálogo de las obras de su Museo, cuando en no sé qué año lo ha publicado (y eso que no será académico), el Sr. Rosetty en su famosa *Guia de Cádiz*? ¿Pues quién ignora que la *Guia de Cádiz* es el medio natural de dar á conocer el Museo, como debiera ser el instrumento de publicidad del archivo municipal? Y pregunto yo: ¿por qué el Sr. Rosetty no habrá publicado hasta ahora el archivo municipal? Y el de Indias, y los protocolos de los conventos á que tanta afición muestra D. Jacinto, y el Registro civil, y la estadística criminal y los libros parroquiales... y etc. etc., ¿cómo no ven la luz en la *Guia*?...

Ah! su modesto autor no hace fortuna porque no quiere!... La *Guia* habria sido un pan-

demonium si hubiera caído en manos de Don Jacinto; reflejo de su mente, donde se aglomera tanto saber, sorbido entre el polvo de legajos y polillas en los rincones de archivos y bibliotecas!

Si la Academia se hubiera persignado el día que asentó sobre el papel sus primeros disparates, como á no dudar fué antigua costumbre de D. Jacinto siempre que vá á empezar el trabajo del día, y hubiera puesto una crucecita al frente de su primera cuartilla, como seguramente la puso el cristiano crítico en todo lo alto de su primer artículo, no habría mostrado su *crasísima ignorancia*, escribiendo que San Pedro Nolasco escapaba de sus perseguidores, que le habían abandonado en alta mar en un pequeño buque sin vela ni remos, poniendo en cruz sus brazos para que el viento hinchase su hábito.

Perseguidores !... exclama D. Jacinto ; no señor! fueron unos moros que le engolfaron en alta mar «para que las olas en su furia le tragasen.» Bravo!... Sólo que la Academia debió leer en el Diccionario de la lengua (pá-

gina 597, edic. 11.^a) PERSEGUIR, molestar, fatigar, dar que padecer á alguno, procurar hacerle el daño posible... Por donde se descubre que, ó los moros intentaban hacer una caricia á San Pedro Nolasco con aquella caladita á que le exponian, ó eran sus *perseguidores*.

Convénzase la Academia de que ántes de dar á la imprenta sus cuartillas, debió remitirlas á D. Jacinto, como es prudente y le aconsejamos que lo ejecute á todo aquel que se proponga dar á luz algo en Cádiz, aunque sea una *Papeletona de los toros*; porque de lo contrario, se expone con sobradísimo motivo á que el ilustre crítico le atice un mordisco que lo parta, en nombre de la culta Cádiz y de la elevada mision que ha debido recibir, de velar por la integridad de los fueros literarios y artísticos en esta perla del Occéano.

Frente á frente del parecer de la Academia, se levanta imponente, majestuoso, fulminante, el dictámen de D. Jacinto, aunque empolvado y lleno de las venerables telarañas de los archivos, fortalecido con el testimonio de *Fray Presentacion* y el *P. Circuncision* y recubier-

to de pasmosas citas, que es una pejuguera el verificar; y claro está que, como D. Jacinto nada quiere con el sufragio universal, el voto de su personalidad vale más, inmensamente más, que el de la mayoría.

No le faltan votos á D. Jacinto: cuenta con todos los que han aplaudido la donosura y gentileza con que insulta á la Academia, llamándola *disparatada, ignorante, soberbia, loca, necia, estúpida* y otras lindezas cultísimas y honrosísimas en tan ilustres labios y tan pulcra pluma, y estarán dispuestos á censurar agriamente, á gritar, á escandalizar, á anatematizar á cualquiera que tuviese el atrevimiento de volverle al cuerpo esas lindezas, por aquello del cuento de *Perico Sarmiento* en que su señoría representa muy dignamente el papel del *Sacristan*.

¡Dios le libre á V. y me libre á mí de semejante pensamiento! Por fortuna, hasta ahora nuestros votos son tambien de D. Jacinto y de sus encomiásticos admiradores que Dios guarde muchos años, y á nosotros de envidiosos.

UN TERCER SUSCRITOR.

III.

JUICIOS Y FALLOS INAPELABLES.

Otro admirador del ya celeberrimo D. Jacinto ha salido á la palestra. Reciba mi saludo afectuoso y siga la buena obra. Esto crece como la espuma.

Volvamos á ese pobre Catálogo, en el que, como dice muy bien nuestro héroe, hay mucho de *candidez*, de *inocencia* y de *infelicidad*, cuando D. Jacinto posee en grado superlativo las propiedades contrarias.

La Academia ha clasificado como de Don Clemente de Torres, los cuadros números 54 al 57; pues se equivocó, porque aquí está D. Jacinto, cuyo juicio es superior al de toda persona ó corporacion, y dice que nó. Los cuadros son de D. Juan Herrera; así consta en el protocolo y en los papeles del convento de la Merced, porque lo dice D. Jacinto.

Si este no fuese un personaje heróico, su opinion no valdria nada en buena crítica ; porque mañana sale un D. Crispin, ó un Don Adolfo, ó un D. Caralampio, y dice: la Academia se equivocó; esos cuadros los pintó el Preste Juan de las Indias; así consta en el archivo de idem, que existe en San Juan del Puerto. ¿Qué valor podria dársele? Ninguno.

Pues nada, D. Jacinto, que conoce *todo lo que él vale*, falla imperativa y secamente diciendo:

«Primer disparate de la Academia.»

Así, así me gusta, ¿pues qué, se puede sufrir que la Academia se equivoque (supuesta la equivocacion), teniendo Cádiz un D. Jacinto infalible en bellas artes?

Y aunque en el Catálogo de los cuadros del Museo del Prado de Madrid (1872), su autor D. Pedro Madrazo, tan competente en estas materias, dice con una modestia y una lealtad que le enaltecen y le honran, corrigiendo los errores que en otra edicion de dicho Catálogo cometió:

«Tambien se advertirá que dejan de figu-

rar algunos nombres muy gloriosos, como el de Leonardo de Vinci, por ejemplo, en la sección de autores italianos. Tres tablas, nada ménos, dábamos al gran pintor de Val d'Arno en *nuestro catálogo* primero, y de las tres le hemos despojado. . . . Desaparecen también en nuestra pinacoteca Pascualino Veneziano, Paris Bordone, Peregrin Tibaldi y el Cagnacci, de entre los autores italianos; Patricio Caxés, de entre los españoles; de entre los flamencos, Weeninx; de entre los alemanes, algunos falsos Dureros; el mismo Alberto Durero y Memling, David Teniers, el Bellino, Anibal Carracci, el Bronzino, el Giorgione, Holbein, Jerónimo Bosch, los Bassanos, Carreño, Gaspar Dughet, Mateo Cerezo, Aniello Falcone, Bartolomé González, el Greco, etc., pierden alguno que otro cuadro de los que les estaban atribuidos, y á este compás cambian de padres otras producciones de las que adornan nuestro Museo.»

Estos *disparates* los ha cometido el Sr. Madridazo, porque no acudió á su tiempo á consultar la nunca equivocada opinion de D. Jacinto.

A otra cosa, porque este punto ya está bien claro.

Con igual autoridad y por la misma razón, dice D. Jacinto que el cuadro núm. 57 (Nacimiento de la Virgen), es el de San Pedro Nolasco. Yo no digo ni que sí, ni que nó; ni hice el Catálogo, ni tengo nada que ver con él. Lo que afirmo es que lo dice D. Jacinto y punto redondo. Veremos si sale otro cualquiera; pongo por caso un D. Crisanto, y dice que es el nacimiento de San Canuto.

«A Teodora, hermana de la Vizcondesa de Narbona (habla D. Jacinto), su madre, la Academia ha transformado en Santa Ana.»

¿Qué prueba dá de esto? Ninguna.

D. Jacinto ya se considera tan alto, tan inapelable, que dice:

«Esto es porque yo lo digo.»

Con igual razón pudo decir que es el retrato de Juana la Rabicortona, ó de la tía Marizápalos.

Pero ahora viene lo bueno.

«La Academia se calla tambien en su Catálogo, que lo que dice no es suyo (habla Don

Jacinto). Y la prueba es, que al hacer la descripción del cuadro núm. 8, tomó parte de la hecha por el Sr. D. Pedro Madrazo.»

Dice esto nuestro héroe, y á dos columnas copia una y otra, y se vé... que no son iguales. Esto á un espíritu vulgar le hubiera arregrado; pero D. Jacinto tiene salida para todo y dice:

«La Academia de Cádiz se ha permitido corregir algunos trocitos.»

De modo, que si hubiera sido igual en un todo, era copia evidentemente; no es igual, luégo es *copia corregida*. De esto hace un capítulo de culpas terrible!

Aquí lo más notable es que se trata de descripciones de un mismo cuadro, y sea cualquiera el que lo describa, la descripción tiene que parecerse; ó bien son sucintas biografías que tambien deben tener semejanzas; pero D. Jacinto sabrá describir cosas iguales de modo que no se parezcan.

Algunos ejemplos para aclarar.

En el Catálogo de la Galería del Museo del Rey (año de 1828), se describen por D. Luis

Eusebi, muchos cuadros que tambien se incluyen en el del Museo del Prado (1854), formado por el docto y erudito Sr. D. Pedro Madrazo.

Pues bien, como no podia ménos de suceder, hay muchas descripciones iguales, ó casi iguales. Ejemplos:

CATÁLOGO DE 1828

POR

DON LUIS EUSEBI.

N.º 14. Cerezo. — *La Asuncion*. — La Virgen acompañada de una numerosa córte de espíritus celestiales sube á los cielos. Los apóstoles quedan admirados á vista de este prodigio; algunos de ellos mirando al sepulcro no encuentran más que rosas en el lugar que ocupaba la Virgen.

89. Velazquez. — *Reunion de bebedores*. — En el medio del cuadro se vé uno de los beodos desnudo sobre un trono, que es una cuba de vino, coronado de pámpanos, que concede la gracia de una corona compañera á la suya, etc.

CATÁLOGO DE 1854

POR

DON PEDRO MADRAZO.

57. Cerezo. — *La Asuncion*. La Virgen sube á los cielos acompañada de una numerosa córte de espíritus celestiales. Los apóstoles *aparecen* admirados á vista de este prodigio; algunos de ellos *miran* al sepulcro, *en donde sólo encuentran rosas esparcidas*.

138. Velazquez. — *Reunion de bebedores*. — Se vé en el centro á uno de los beodos medio desnudo, en el que se propuso el pintor representar á Baco, sentado sobre un tonel que le servia de trono, *ceñida la cabeza de pámpanos, etc.*

545. Poussin (N.) — *David vencedor de Goliat.* — David sentado sobre una peña reposando, la mano izquierda sobre la grande espada del gigante, á su derecha la Victoria le pone una corona de laurel, mientras que con la otra mano recibe otra de oro de un hermoso niño para dársela al vencedor, etc.

982. Nicolás Poussin. — *David vencedor de Goliat.* Está el jóven sentado en una peña, con la mano izquierda sobre la enorme espada del gigante. La victoria está á su derecha poniéndole una corona de laurel, y recibiendo al mismo tiempo otra de oro de mano de un niño, etc.

No queremos seguir; podriamos cotejar más de cuarenta descripciones casi iguales.

Tambien acusa D. Jacinto á la Academia de haber copiado algunos trozos de las biografías de Cean Bermudez; lo mismo, mismísimo puede decirse del Sr. Madrazo, del que, como no podia ménos de suceder, palabra más, palabra ménos, tiene en su Catálogo frases enteras de aquel autor.

Pues bien; el omnisciente, el enciclopédico, el archicientífico D. Jacinto, le endilga estas frasecillas (pues si lo dice á la Academia tambien se puede aplicar á cualquiera que se encuentre en igual caso):

«¡Bravo! bravísimo! Despues de entrar co-

mo en país conquistado en los trabajos del Sr..... se corrigen algunos trozos que no han gustado al Sr. *Madrazo*. ¿A qué escribir cosa nueva? lo mejor es, con mucho, muchísimo sigilo, tomar párrafos enteros de Cean Bermudez, y darlos como originales *suyos*, para que se entienda que el Sr. *Madrazo* trabaja mucho, etc.»

De modo que para evitar estas censuras del *aristárquico* (esta palabra no está en el diccionario) D. Jacinto, aconsejamos á la Academia de Cádiz, y á la de San Fernando, y á todas, que describan los cuadros al revés de como son, y hagan las biografías de los pintores con hechos distintos de los de sus vidas; así no se parecerán sus trabajos á ninguno de los publicados anteriormente.

Un ejemplo: la Academia de Cádiz ha descrito el cuadro núm. 8 de su Catálogo, sin cuidarse de si habia otro, que poco más ó ménos decia lo mismo, del siguiente modo:

«En una pequeña celda, desnuda de todo

ornato y echado sobre una tarima, con la espalda apoyada en un saco, que envuelve la piedra que le sirve de almohada, cruzadas las manos y el sello de la muerte en el rostro, exhala su último suspiro un pobre franciscano, etc.»

Para otra vez debe hacer la descripción por el estilo que sigue:

En una *espaciosa* celda, *suntuosamente* adornada, y echado sobre un *colchon de muelles*, con el *pecho* apoyado en un saco, que envuelve el *cojin* que le sirve de *alzapiés*, *los puños apretados* y el rostro con el *sello de la más robusta salud*, exhala un *hondo* suspiro un *rico* franciscano, etc.

De este modo, aunque se falte á la verdad, (eso es lo de ménos) no se caerá en la temida censura de D. Jacinto, terror de los académicos y cataloguistas de ambos mundos!

¿Qué crítica, qué lógica, qué razonamientos, qué buena fé y qué amor á Cádiz! A Cádiz, en donde es de suponer que es muy querido y respetado D. Jacinto, y donde seguirá

grangeándose cada vez más amigos con empresas tan simpáticas, tan justas y tan desinteresadas como la que ha tomado á su cargo! Máxime, si, cual yo supongo, es hombre que nada tiene que hacer y está sobrado de dinero. ¿En qué ha de gastar mejor su tiempo que en estas cosas?

En fin, dejémoslo por hoy, porque bueno es darle un poquito de descanso á él y á nuestros lectores.

UN SUSCRITOR.

Paris 7 de Diciembre de 1876.

Mis apreciables paladines:

«Llamamos muy eficazmente (*con bocina ó esquilon?*) la atención de nuestros lectores (*léase género humano*) y demás personas ilustradas (*ya no puede leerse género humano*) y amigas de las buenas letras (*calígrafos; siento no serlo*), sobre el magnífico (*expléndido, suntuoso*) artículo IX de la serie que viene publicando (*por esos mundos de Dios*) nuestro ilustrado colega *La Verdad*, y que se ha inserto (*él mismo, por chiripa*) en su número 62 correspondiente al día 24 del actual.»

«Es un escrito que honra á su autor, á la publicación que lo inserta (*ya pareció la insertadora*), y á Cádiz (*y á España, y á Europa, y al Globo, y... al Orbe, continuaremos ya que á nosotros no nos falta el aliento, ni nos duele el pulmon por ensalzar tanta grandeza*), que aun cuenta entre sus hijos tan gran eminencia en el saber.»

¿Será cuca la tal eminencia? Sabe algo? Y aún vive! Aun es uno de los hijos de Cádiz!... Luégo que haya muerto, ya no habrá sido—oh dolor!—hijo de Cádiz! Pero morirá? Imposible! Todavía no ha muerto y ya se ha inmortalizado; y como se ha puesto el parche ántes de que le salga el grano, dicho se está que no morirá y que Cádiz podrá contarle entre sus hijos, miéntras sepa contar nuestra mercantil ciudad.

Hé aquí, mis queridos panegiristas primero, segundo y tercero, lo que hallo en uno de los periódicos más notables del mundo político, acerca de nuestro bien ponderado caballero D. Jacinto Flores Estrada; y puesto que yo soy, como el que más, celoso de sus glorias, cójole con avidez, transcribale con profundo gozo y lánzole de nuevo á los vientos de la publicidad, que todo se lo llevan y todo lo soportan.

La publicidad es cosa que mete mucho ruido, sin lanzar jamás un grito; todo lo oye, lo saborea, lo traga, y si le dá un cólico, sólo se llega á escuchar ese sordo rumor de tripas

que se llama *impopularidad* y que no pocas veces es signo de indigestion.

Así debe haber sucedido con los bellísimos cuanto candidísimos escritos de nuestro *crítico en flor*; y por eso el mundo literario y artístico murmura por lo bajo contra esa Academia *bobalicona, disparatada, delirante, ignorantona y necia*, y encomia esa manse-dumbre y esa *bonhomie* con que el paciente erudito trueca su rutilante pluma por el modesto lápiz rojo y le vá pescando, con el sale-ro del mundo, una *n* vuelta acá, una *f* demás allí, aquí una *r* de ménos, allá una *h* inútil, con cuyas erratas su merced indica que sabe inglés, y aleman, y griego, y ruso, casi tanto como castellano.

Con la misma exquisita humildad marcha D. Jacinto detrás de los cataloguistas, cogién-doles los desperdicios y haciéndoselos aprove-char, como quien saca un suculento *menu* con lo que la despilfarrada cocinera destina al estercolero. Y así le dice: «mira que aquí te se ha trasconejado este apellido de quien nadie hace caso; atiende á que este nombre

inglés se escribe en castellano con *h*, así como ese otro que has puesto en castellano con una *l* se pone en inglés con dos; repara que te se ha olvidado que de este cuadro existe un grabado en el devocionario del P. Anacleto, impreso en Chipiona por el año 1500 y que ese santo varon de quien hablas, fué obispo de Beiley ó de Cochinchina; te advierto que en tiempos de ese obispo aún no se habían inventado los cisnes negros, la zoología no estaba tan adelantada como hoy, en que cuenta con muchos animales rapaces y picotudos de todos colores y tamaños; y aunque en tiempos del pintor ya los había, no está demás hacer á costa agena ese alarde de ornitología; ah! escucha, aquí se te olvida decir que el pintor Fernandez se cree que murió á las tres de la tarde del 5 de Enero de 1814, aunque otros dicen que fué en Febrero y otros á las dos de la noche, y aún algunos ponen esta catástrofe en Diciembre de 1813; tambien te advierto, Academia, que esos cuadros tienen marcado su precio en el archivo del Museo; me lo ha dicho quien an-

duvo en el ajo, y áun hay por abí muchos que se enteraron del respingo que dieron los nuevos académicos al saber el despilfarro de los viejos. ¿ Y cómo te se pudo olvidar al hablar del cuadro de San Canuto, que tiene dos millímetros más de largo y milímetro y medio menos de ancho? ¿ Y cómo no se te ha ocurrido poner en ese párrafo un *por consiguiente*, y quitar de aquel otro ese *por fin*, que me están haciendo daño? Ah! oye, Academia inexperta, mira que ese lego no trae caldo en la taza, sino agua; porque en esa fecha no habia caldo en los conventos, ni se servia en taza; sino en alcuza; ni se les daba esa grasa á los que se sentian desfallecidos de resultas de un susto; los capuchinos no usaban caldo jamás; cuando uno se rompe el alma de un batacazo, lo natural es darle *árnica*; *árnica* es, pues, lo que debe haber en esa taza de que hablas... y ¡sanguijuelas! Observa despues que esa figura no es una mujer, sino un hombre; quita, quita disparates, que yo te aseguro que ni es hembra, ni vírgen; y el criterio? y el criterio? dónde lo te-

neis, cataloguistas, que no os sirve ni para ver el sexo, ni la más rara de las accidentalidades del sexo? Lo mismo que esto de suprimir en el Catálogo las noticias más interesantes contenidas en el archivo!, como si la Academia desconfiara de aquellos legajos, y como si en ellos hubiera sido posible que algun genio revoltoso y desvergonzado introdujera una porcion de falsedades! Ahí es nada! suprimir que D. Domingo Alvarez debía recibir el 10 de Agosto 300 escudos romanos para un viaje, y en 1789, 30 doblones por un retrato, y más adelante su viuda 1.500 reales por una Concepcion! Pues es friolera! olvidarse de que la Academia acordó dar á D. José Ramos en 6 de Junio de 1798 una cierta cantidad, cuando la tuviese; de que en 1811, no se le nombró sólo ayudante de grabado sino tambien de dibujo; y en fin, de que Juan Martinez ha donado seis litografías á la Academia. ¿Cómo pasar esto por alto? ¿Cómo olvidar en 1876 lo que aprendieron los académicos en 1857? ¿Y esto de no poner la biografía del personaje reproducido en ca-

da retrato al lado de la del retratista? Ciertamente que tal capricho meteria en el Catálogo toda la Historia universal; mas eso no importa: D. Jacinto lo habria hecho, porque D. Jacinto es un pozo de ciencia y éste reboza á cada paso en fuerza de que le desalojan el agua los escombros, ripios, pedruceos y recortes que lanza á él desde el rincon de los archivos en que estudia á la humanidad artística y conventual, y al habla castellana, mártir bajo el yugo de los déspotas eruditos y de los autócratas del purismo.

Pero tiene razon mi señor D. Jacinto en este punto como en todos; de una persona que se halla fuera de España, no puede decirse que *vino* á Madrid, por ley gramatical, como no haya nacido allí; sino *fué* á Madrid; porque esto de *venir*, exige precisamente que se refiera al pueblo del nacimiento; á otro que no sea éste, no se *viene* nunca; sino se vá. Ni tampoco es lícito decir, por fuero del diccionario, *fué natural* por *nació*, á ménos de que la persona, ó el animal á que se refiera, haya muerto; porque *fué natural*, huele á di-

funto y quien vive, está siendo natural ó naciendo siempre, todos los dias, á cada paso. Ni ménos consiente el habla castellana que se diga *alrededor hállase limitado circularmente*, porque este es un pleonasma horrendo; todo lo que tiene límites, por fuerza ha de tenerlos circulares; así lo entiende la Academia de la lengua y por ende D. Jacinto. Con exactitud geométrica, no puede decirse *al rededor y limitado elíptica ó poligonalmente*, porque esto seria el colmo de los desatinos: ¿cómo es posible ser circular y elíptico á la vez? Y sin embargo, concíbese muy bien que al rededor de una figura pueda trazarse un óvalo ó un polígono. Ya quisieran los *catalogueadores* (cuidado que esto no está en el diccionario), dar con el *quid* de la dificultad, como dará D. Jacinto, ya para expresar que al rededor hay un círculo, lo cual es una repeticion grosera, ya para indicar que hay una elipse, lo cual es contradictorio.

Oh! hago punto, mis apreciables apologistas, para reflexionar cómo resolveria esta dificultad nuestro hombre, tan ducho en mate-

ria de lenguas, tan *lenguaraz*, si se me permite la palabra, ó tan *destenguido* si no se me permite, para dar una nueva lección á esa indolente y apática Academia que no registra sus archivos, ni consulta el Diccionario, ni sabe el tesoro que ha dejado derramado en sus actas alguna mano tan generosa como íntegra y tan fiel como celosa de las glorias patrias.

Mas discúlpese á la pobrecilla Academia, en atención á no encerrar en su seno ninguna eminencia del calibre de D. Jacinto, y á que desde esas alturas, donde estornudan los genios, es desde las que solamente pueden divisarse los errores y disparates de los míseros académicos, y áun los nuestros, que no somos sino admiradores de ese talento piramidal, que nos arrastramos por la base de esa montaña de ciencia, fija la atónita mirada en el coloso de la cúspide.

UN CUARTO SUSCRITOR.

IV.

MODESTIA È INGRATITUD.

Otro valeroso campeón de D. Jacinto ha salido á la palestra. Sea bien venido: esto me ahorrará algunas cuartillas.

La modestia ha huido de la Academia, ha dicho D. Jacinto; y sea que haya huido, ó que la *hayan echado* (que para el caso es lo mismo), la verdad es que esas y otras *cualidades sobresalientes*, resplandecen en alto grado en nuestro héroe. Prueba al canto:

La Academia está formada de distinguidos hombres de ciencias; catedráticos, arquitectos, ingenieros, pintores, literatos etc., que llegaron á estos puestos despues de largos estudios, y muchos por medio de difíciles y rigurosas oposiciones.

D. Jacinto no sabemos qué estudios habrá seguido, qué títulos le adornarán y cuál pue-

da ser su competencia para no *desatinar* en ciencias, en letras y en artes.

Pues así y todo, á cada instante, por cualquier pequeñez, y con el mayor desenfado (ya lo han podido ver nuestros lectores), llama á la Academia *necea, ridícula, insulsa, sandia*, etc. Es verdad que esto mismo le han dicho á la Real Academia de la Lengua y á la de la Historia algunos envidiosos.

En cualquiera persona, que no fuese D. Jacinto, esto seria una prueba palpable de *petuancia, orgullo, ridiculez, vanidad y falta de educacion literaria*; pero nuestro héroe ya hemos dicho que está fuera de las leyes comunes de la crítica y del buen sentido; y debemos considerar que la modestia que huyó de la Academia (*ó la echaron*), vive y se alimenta, como en su casa, en el espíritu de Don Jacinto. Pedir mayor modestia seria gollería, máxime cuando el Catálogo sólo ha sido aplaudido por los Académicos de Bellas Artes de España, y por alguna que otra eminencia artística que, sin embargo, son pigmeos comparados con el gigante crítico y li-

terario que nos ocupa: *rinoceronte ó ballenato* de las ciencias y de las letras.

Y, ahora se me ocurre otra idea: D. Jacinto, hombre, V. que es un sabio á *prueba de bomba*, ¿por qué no forma un Catálogo de nuestro Museo? Esa sí que sería una obra que llenaría de admiracion y espanto á Cádiz, á España, al Orbe entero; pero voy á hacerle una advertencia, y es, que si lo hace, tenga mucho, mucho cuidado con la clasificacion de unos cuadros que allá á fines de 1874 envió el Excmo. Ayuntamiento á la Academia con destino al Museo, por conducto del señor Vicepresidente de la Comision de Monumentos artísticos de la provincia. Fué aquel un helen ruidoso, que ya, ya!... En fin: V. que lo sabe todo y que es tan entendido, puede dar su *fallo inapelable* sobre si aquellos Murillos, Zurbaranes, Roelas y Velazquez, son realmente de estos autores, como pretendió algun hoy ex-académico, ó si son unos magníficos *mamarrachos*. Así lo consignó la Academia, así lo han corroborado cuantas personas entendidas los han visto, sin excluir al

muy inteligente hombre científico, literato, historiador y artista, Excmo. Sr. D. José Amador de los Ríos.

Yo, sin embargo, si V. afirma que dichas obras deben atribuirse á los citados insignes pintores, uno mi opinion baladí, á la de *tomo y lomo* de V., aunque nos quedemos solos, como dos espárragos, en medio del inmenso campo de la crítica.

Pero veo que ya es tiempo de ocuparnos un poco de ese desdichado Catálogo (¡pesadilla eterna de D. Jacinto!), haciendo resaltar, de igual modo que en los anteriores, las *dentelladas* tan certeras que nuestro héroe ha dado en él. Ah! qué perro de presa es D. Jacinto!...

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (Me persigno para empezar, como lo hace D. Jacinto.)

Tratando del célebre grabador D. Manuel Carmona y de sus obras, dice la Academia: «Falleció *por fin* á los 86 años de edad.»

Y exclama el modesto D. Jacinto: «Esta es la más estúpida *sandez* (así, fuerte!) que ha

llegado á mi noticia. Ese *falleció por fin*, vale un imperio, etc.»

Y sigue D. Jacinto diciendo cosas muy buenas y de *muy buena fé*, á propósito del *por fin*; pero que á los simples mortales nos parecen tonterías, y sólo los críticos de la talla de nuestro personaje las pueden considerar de algun valor.

Por fin, segun el Diccionario de la Lengua equivale á *por último, para concluir, en conclusion*, y, en efecto, con esto concluye la Academia la biografía de Carmona.

Felicitemos, sin embargo, á D. Jacinto, por la extraña manera de interpretar los conceptos: esto es muy digno de su elevada crítica; porque, ¡ya se vé! este profundo *criticastro* lo encuentra todo imperfecto y mal dicho, por causa de que tiene sus *entendederas* al revés que los demás; y aquí el asunto no estriba en el que escribe, sino en el que lee. ¿Lo leyó D. Jacinto? pues lo entendió al revés; es un criterio, podíamos decir, *en hueco*; hé aquí el mérito, por eso es eminente, eminentísimo.

— Mas ahora van mis lectores á saber una cosa horrenda, espeluznante, inconcebible!

El presidente de la Academia es sevillano, el secretario de la seccion de pintura es sevillano, el director de la Escuela es sevillano, *y en medio de tanta sevillanía* (son palabras del profundo D. Jacinto), nos hallamos con que no conocen el retrato de un hijo insigne de Sevilla! Siendo así que todo el mundo sabe que lo primerito que se enseña en las Escuelas, en los Institutos, en las universidades, en las Academias de ingenieros, en las de Bellas Artes y hasta en los sermones de cuaresma, es cuanto conduce á que cada cual conozca los retratos de los hijos ilustres del pueblo de su nacimiento.

¿Nació en Coria D. Jacinto? Pues de seguro conoció á *El Bobo*.

¿Nació en Búrgos? Pues no hay más; emparentó con el *Papa-moscas*.

— Verdad es que no prueba, ó mejor dicho, *prueba á su manera* que el cuadro en cuestion es el retrato de Alonso Cano, y que esos ingratos hijos de Sevilla jamás le vieron en efi-

gie. ¿Lo dice D. Jacinto? Pues hay que entenderlo al revés; porque en esto consiste el mérito de nuestro héroe.

Y ahora observo hasta donde llega la ingratitud de los gobiernos y de las corporaciones! A D. Jacinto, á esta robusta columna de las ciencias y de las artes, á esta vanguardia de Cádiz, que con tanto desinterés cuida de su buena fama, no le han nombrado Presidente de la Academia, ni consiliario, ni siquiera académico! (*Pas même académicien!*) ¡Si no se premia el mérito!

Cuando estos cargos se elijan por sufragio universal (como debiera ser), nuestro héroe, tan apreciado de nuestros convecinos por su saber y otras prendas personales, será elegido Presidente de ésta y de todas las Academias de España. Máxime si se le encarga de la formación de las listas de electores, las que hay que suponer formará con igual escrupulosidad que el minucioso espurgo literario del Catálogo. Cuento con mi voto y el de otros amigos...

Ya me figuro ver á D. Jacinto á la cabeza de

la corporacion académica, bautizando á todos los cuadros con nombres y autores salidos de su caletre, haciendo una revolucion en el cielo y en la tierra, para envidia de todos los académicos y espanto del Orbe entero.

¡Qué modestia la de D. Jacinto y qué ingratitude la de los Gobiernos! Haber un Don Jacinto (¡uno sólo!), y no ser Presidente de la Academia!

¡Poseer aquí un tesoro, una eminencia del saber (como le ha llamado no sé quién), tan grande, más grande quizás que aquellos notables varones que ensalzaron y pregonaron en sus ilustradas columnas *El Mefistófeles* y *El Sinapismo*, y haberse atrevido la Academia á publicar el Catálogo del Museo sin consultar su infalible opinion!

Esta idea me agobia, me anonada y me persigue casi tanto como, el modesto D. Jacinto.

UN SUSCRITOR.

Berlin 12 de Diciembre de 1876.

Vaya! ¿A que no han caído Vdes., mis queridos colegas, en la explicación de esa cruccecita que hemos adivinado todos al frente de las bellísimas páginas escritas por D. Jacinto contra esa desdichada Academia, dejada de la mano de Dios y de sus Santos?

¿A que no se dan cuenta de ese *santiguamiento* (pufl...) con que seguramente dá principio á sus espurgos, como para echar del cuerpo á los malos, que deben escarabajearle un tantico al tocar el Catálogo?

Pues ahí está; ahí lo teneis en sus escritos; se le sale por los puntos de la pluma. ¿No veis qué enterado está en las vidas de los santos?

¿No advertís su profundo conocimiento en el *Flos sanctorum*, como cuadra á quien nada más tiene que hacer que andarse por esos cielos echando un místico párrafo con Canuto, ó un célico ratillo de broma con Zoilo? ¿Puede dudarse de su propia beatitud al ob-

servar cuánto sabe del santo varon y del inspirado evangelista; y con qué celestial delicia se codea con los ángeles y bienaventurados, juega con el águila de Juan, le echa migas al leon de Marcos y le suelta una *verónica* al torete de Mateo?

Claro está; el camino de los conventos va tan derecho al cielo, como el sendero de los archivos suele llevar á los profundos infiernos; y como D. Jacinto por sus aficiones no acierta á abandonar estos últimos, caten Vdes. por qué se arma de persignaciones, cruces y otros medios eficacísimos de espantar diablos. Parece que le veo, abrumado humildemente bajo el peso de entorchados y condecoraciones, postrado de hinojos ante el altar del Dios de toda su vida, armada la mano del voluminoso devocionario... Huy! ... *armada* hé dicho; cualquiera vá á creer que se trata de pistola ó espada; porque, como dice D. Jacinto, no puede la mano armarse sino con armas, aunque bien prueba su merced que puede ir armada de pluma ó lápiz, porque hay lápices y plumas, que tiznan ó hieren más que el car-

bon y el acero. Pero en fin, esto no es del caso.

Sí lo es, que despues de haber rezado, y áun empapado el alma en ese tibio rocío de la gracia que atraen siempre los rezos puros y fervorosos, es natural que al leer las herejías de la Academia, encendido en llamas de sacrosanta indignacion, se lance entre las nubes de su enojo á la mansion de los santos y beatos y fulmine desde su altura rayos que pulvericen y aniquilen á esos impios, semi-atheos, que no leen el año cristiano, ni hojean más que una sola edicion de la Biblia, cuando van á vestir á sus santos ó á transcribir los testos de las Escrituras.

Por supuesto, en esto del Catálogo, hasta los cajistas que lo han compuesto están empecatados; mire V. que cambiar los nombres á los Evangelistas, como nuestro Albaran cambia las pelucas en *Las citas á media noche*, tiene bemoles! Mire V. que quitarle la museta á un Obispo para ponérsela á un Cardenal es expuesto! Su eminencia hubiera podido constiparse. Cuidado con esto de despojar de la *H* á San Ugon, á quien no se la

puso ni su padre ni el papa, porque tiene tres pares y pico de perendengues!...

Pero la Academia ha tenido la osadía de escribir que el Cardenal Nicolao, fué elevado á esa dignidad *sin duda* por su vida ejemplar; y hé aquí á D. Jacinto que truena de este modo:—«Este *sin duda* vale un imperio; pues no, que seria por intrigas, por dinero, por la depravacion de sus costumbres. ¡Qué perspicacia la de la Academia!»

Y tiene razon su señoría; ¿cómo se le habia de escapar á su ojo avizor que tambien en este mundo se sube á los más altos puestos por intrigas, dinero ó depravacion de costumbres! Pero si no llegó á Cardenal el bueno de Nicolao tomando por estos vericuetos, ¿cómo estorba el *sin duda*? Acaso Don Jacinto tendrá alguna duda en esta delicada cuestion? Capaz es esto de *hacer-dudar* á todas las Academias del mundo, de la virtud de Nicolao!...

¿Pues dónde me dejan Vdes. esto de llamar al juicio final *tragedia imponente*, siendo así que Viardot sólo se atrevió á llamarle

drama? Habráse visto insolencia como ella, querer rayar más alto que Viardot!... ¡Cuidadito el que se desliza otra vez con tamaño desacato!

Pues no es nada esto de haber dicho—oh! ignorancia supina!—que en lo alto del cuadro del *Juicio final*, el pintor ha puesto al Eterno Padre!... Esto es no saber el Credo ni quien lo inventó; pero, quién? el artista, ó la Academia?... La Academia, que describe lo que vé y lo que hay; no el artista, que puso lo que hay y lo que se vé. Esto merece—fuera de broma—que V. hubiera empezado su artículo rezando el Credo, Sr. D. Jacinto. Así habria probado que sabe V. el Ripalda algo mejor que lo que hay pintado en el cuadro del *Juicio final*. Pero, caspitina! que ha soltado usted una explicacioncilla teológico-biblica, revuelta con textos latinos de Santos Padres, que vale un Potosí! Le aconsejo que otra vez la ponga en griego, como D. Hermógenes para mayor claridad, y que rabien esos académicos incultos y necios.

Pero ¡táte!—hé aquí que nadie puede lla-

marle *Luzbel* á un demonio, como no tenga los atributos del *príncipe de las tinieblas*, que serán los cuernos más retorcidos y el rabo más largo ¿no es esto? D. Jacinto, que parece tan enterado de las estructuras anatómico-diabólicas, dice que el que la Academia tomó por *Luzbel*, es sólo un *ganapan* conductor de réprobos á los infiernos. ¿Cómo habia de descender un *príncipe* á esos oficios? La Academia debió haber consultado á alguno de esos ex-académicos que están dados á los mismísimos demonios, para que le digera si *Luzbel* era el de los hercúleos hombros, ó el de la pezuña hendida: D. Jacinto se limita á decir que no tiene trato *personal* con los demonios, á fuer de *católico apostólico romano*, y sea por siempre bendito y alabado; y aunque esta bellísima y tranquilizadora profesion de fé arrastra consigo la afirmacion de la *personalidad* del diablo, tambien entraña la negativa de ilustrar á la Academia, lo cual equivale á dejarla en manos de Dios.

Y hé aquí un cuadro que esta desdichada

Corporacion se ha permitido calificar de *autor desconocido*, negándose á suscribir á la afirmacion de Vernet, y lo que es peor, á la de D. Jacinto, que sabe más que Vernet y que Brijan juntamente. Eh! habrá sido atroz la Academia, que ignorando quién es el autor de un cuadro, se atreve á declarar que le es desconocido?

D. Jacinto no hubiera hecho eso; se lo habria colgado *au premier venu*, y que rabie y patee.

Pero lo que es inconcebible es, que la Academia haya hecho el Catálogo en siete meses! Este atrevido aborto hace inventar al bueno de D. Jacinto un cuentecillo, que hay para desternillarse de risa y que acaba con esta frase puesta oportunísimamente en los chispeantes labios de un erudito á la violeta.

—«Pues yo, respondió muy colérico el erudito, le aseguro que eso es imposible. En el tiempo de tres meses, lo hay para escribir ocho libros tan malos y tan llenos de plagios como ese.»

—*Dígalo yo.*—Es lo único que le falta al periodo.

Otra leccion endilga D. Jacinto á la pobre Academia, por haber escrito la frase *falso ídolo*; sin duda donde el ilustre lingüista halló un pleonasma, la Academia sólo puso un *epíteto*; mas por una rara casualidad, resulta, que siendo *ídolo*, segun el Diccionario de la lengua (pág. 424, edicion 11.^a), *un objeto excesivamente amado*, pueden ser ídolos las imágenes del verdadero Dios; por lo tanto, conviene distinguir si el *ídolo* es representacion de la verdadera ó de la falsa divinidad. Si los mártires se hubieran visto arrastrados ante las imágenes del Dios verdadero, no se habrian negado á prestarle culto; pero el ídolo era falso y ellos no podian idolatrar á un falso Dios: *ídolo*, es, pues, lo que se ama; no lo que es falso. Estamos? El celo por la religion y la defensa del diccionario, han llevado á D. Jacinto sobrado léjos; pero no obstante, si su eminencia insiste, todo ántes que nos aplaste.

Permítanme Vdes., señores apologistas,

que aquí termine mi elogio, dejando esta entusiasta defensa de nuestro *tipo*, de ese *tipo* rarísimo y extraño, para otros tan fervorosos como nosotros y sin duda más hábiles y famosos que cada uno de los seis adalides y que otros tantos que irán apareciendo.

UN QUINTO SUSCRITOR:

APÉNDICE AL ACADEMICASTRO.

Sr. Director de LA PRENSA. Muy señor mio : Sabrá V. que estoy suscrito á *La Verdad*. Esta noticia la creo tan interesante para V., como para el público los artículos de la dicha Revista; así es, que no creo necesario hacer ningun exordio. Pues como le digo, soy suscriptor á *La Verdad*, lo he sido desde que por primera vez salió á luz, y lo seré mientras exista (Dios mediante), porque eso ha llegado á constituir en mí una necesidad casi imprescindible, y ántes dejaria yo el *gorro de dormir*, que soltar *La Verdad* ni á dos tiros; sí, la prefiero hasta á la cuarta plana de *La Correspondencia*, áun cuando traiga anuncios del Doctor Garrido. Esta decidida preferencia mia se halla plenamente justificada, pues siempre ha presentado grandísimo interés, sobre todo en ciertas épocas, como cuando durante la Velada un colaborador, inspirado vate, ocultando ruborosamente su nom-

bre (que la modestia siempre acompaña al verdadero mérito) pulsa con diestra mano la lira de Apolo y canta en honor de las bellas, prodigando á manos llenas las flores de su fértil númen y luciendo su facundia y brillantez de imaginacion en la exactitud y abundancia de los símiles que emplea. Pero cuando ha llegado á ser verdaderamente popular, cuando ha llegado á la *cúspide* este grado de interés para todas las clases sociales, es desde que el célebre D. Jacinto, arremetiendo con el Catálogo de la Academia de Bellas Artes, endilga en cada número un articulazo de ocho ó diez columnas dedicado á este asunto vital. Yo de mí sé decir, que, apénas presumo la proximidad de algun número, estoy intranquilo, desasosegado é impaciente porque llegue á mis manos, tan sólo por adquirir nuevos preciosos datos sobre dicho Catálogo, tomar nota de las comas que se echan de ménos en él, saber si los cajistas han puesto alguna letra al revés y si las descripciones están completamente ajustadas á las reglas de la retórica, y estar así al corriente en estos

asuntos de sensacion, de los cuales indispensablemente oye uno hablar en el café, en el teatro, en los paseos, y poder tomar parte y añadir algo nuevo en los corrillos que por dó quiera hallará uno formados, ocupándose de esta importante materia. Así llena verdaderamente su objeto, pues se trata de una Revista de intereses materiales.

Creo, señor director, que desde luégo habrá V. comprendido que al hablar yo de *La Verdad*, no me referia á esa entidad filosófica que el Diccionario define como «la conformidad de lo que se dice con la realidad,» ó como si dijéramos á la *Verdad verdadera*, sino á otra Verdad, á la Verdad que no sé como clasificar de un modo exacto, porque no es diario, tampoco es periódico, no me atrevo á llamar publicacion, le llamaremos la *Verdad papel*. He dicho que no es periódico, porque bien sabido es que periódico se llama lo que aparece con regularidad en cantidades de tiempo iguales, como las tercianas ó cuartanas, diciéndose *atípico* en el lenguaje médico cuando esta uniformidad falta, como su-

cede en otras de las calamidades que pesan sobre la humanidad. A este número pertenece *La Verdad*; quiero decir que no aparece en períodos de tiempo iguales, no pudiendo, por consiguiente, llamarse periódico, sino *atípico* ó *sin tipo*. No se crea por esto que al decir *sin tipo*, trato de echar por tierra la parte material de la publicacion; pues basta ver un número, para convencerse de que en *La Verdad* hay varios tipos; me refiero tan sólo á esa irregularidad en el reparto, que por cierto me ha proporcionado más de un disgusto. Usted sabe que he residido en varios pueblos de las provincias de Córdoba y Sevilla durante la época en que los secuestros eran de tal modo frecuentes, que tan luégo faltaba una persona en el momento que acostumbrábamos á verla, la suponíamos ya en poder de los secuestradores. Esta preocupacion ha quedado en mí tan arraigada, que áun residiendo en las capitales y en puntos donde nunca se han verificado estos hechos, en cuanto se retarda una persona ausente, la considero ya secuestrada. Y esto mismo me sucede cuando

La Verdad no parece en los días prefijados; figúromela á pesar mio retenida por algun secuestrador esperando lleven una cantidad para su rescate, considero los apuros de la familia para reunir el dinero pedido y hasta temo que pierda la vida á manos de sus carceleros si no ven presteza en llevar la suma total. Todos estos lúgubres pensamientos ocupan mi imaginacion, sin poder desecharlos más que por breves momentos, en que obrando la razon, comprendo lo absurdo de mis pensamientos; pues ni en Cádiz hay secuestradores, ni se trata de una persona, ni puede, por consiguiente, aplicarse nada de lo que mi imaginacion, preocupada con los hechos de que fui testigo, se representa sin cesar.

Por fin, aparece *La Verdad*, y entónces:

«La ciega noche en claro día se torna.»

Y todo el tropel de fúnebres ideas desaparece para dar lugar á la más franca y expansiva alegría. Cojo ávidamente el papel y lo desdoble, buscando con impaciencia el indispensable artículo de D. Jacinto sobre el Catálogo. Tranquilo al ver que no se ha queda-

do en el tintero, ni olvidado asunto de tanta trascendencia, me retiro á un lugar apartado, á fin de poder entregarme con libertad á las expansiones propias de la impresion que en mí causan el ingenio y agudeza de D. Jacinto. ¡ Qué chiste, qué oportunidad, qué gracia en el decir! Y ¡ qué profundidad, qué lógica tan severa y qué argumentos tan contundentes! La pobre Academia queda tan maltrecha en cada uno de los artículos de D. Jacinto, que no sé cómo puede resistir un nuevo jabonado y otro, y otros. Yo estoy como encantado y en dulce éxtasis aspirando allí el ingenio de D. Jacinto; necesito leerlo varias veces, necesito impregnarme de aquel donaire que rebosan sus escritos; cada vez encuentro una nueva sátira, un nuevo chiste que celebrar.

Pero en medio de ese regocijo que me causan tales escritos, notaba yo en mí al quedar relamiéndome, así como un pequeño disgusto, como si no me hubiese satisfecho todo lo que debiera el engendro intelectual de D. Jacinto. Trataba yo de reprenderme esta debilidad y me decia: ¿Es posible hacerlo mejor que Don

Jacinto? ¿Puedes pedir más que haberte desternillado de risa y ver confundida y anonadada á la Academia?

A pesar de que esto era incontestable, no podia desechar de mí aquella preocupacion y andaba pensativo buscando la causa, cuando *La Verdad* misma vino á sacarme de dudas y á poner de manifiesto la causa de mi inquietud. En efecto; en uno de sus últimos números, leo una notita en la cual manifestaba el director que no podia acceder á la peticion que con insistencia le habia hecho gran número de suscritores para que publicara un folleto con todos los artículos de Don Jacinto contra el Catálogo de la Academia, porque se habian ya adelantado á pedirlo de Madrid, donde iba á imprimirse; pero que estuvieran tranquilos los solicitantes, pues él prometia que todos tendrian el folleto.

Oh ceguedad inaudita! ¿Es posible que yo no hubiera comprendido ántes el motivo de mi intranquilidad? Lo que yo echaba de menos, era leer las producciones de D. Jacinto bajo la forma de folleto. ¿Cómo es posible

que yo penetrara toda la profundidad de sus escritos, ni comprendiera toda la sublimidad que encierran, sin haberlos leído coleccionados en un folleto? Sí, esto era lo que me hacía sentir esa vaga inquietud, esto, lo que comprendió claramente esa muchedumbre de admiradores de D. Jacinto que se dirigió apresuradamente al director de *La Verdad* pidiéndole con entusiasmo la publicación del folleto; esto también lo que impelió á sus apasionados de Madrid á que se adelantaran á los de Cádiz, para hacer ellos la impresión antes que nadie. Bien es verdad que estos últimos habrán sido impulsados también por la perspectiva de un pingüe negocio, porque este asunto, del cual están pendientes todos los habitantes de Cádiz, adquiere proporciones colosales y es cuestión de vida ó muerte para los moradores de la villa del Oso.

Desde que *La Verdad*, llevándome la luz (¡y á cuántos también!) á la inteligencia, me hizo comprender la necesidad de que los artículos de D. Jacinto se coleccionen en un folleto, á fin de que adquieran toda la majes-

tad y brillo de que son susceptibles, no puedo permanecer sosegado esperando la hora dichosa de que esto se realice y estoy lleno de zozobra, á pesar de la tranquilizadora promesa que el director de *La Verdad* se ha dignado hacernos, respecto á que ninguno hemos de quedarnos sin ejemplar. Ni áun esta sólida garantía basta ya á mi deseo, y estoy de tal manera preocupado, que hasta en sueños me persigue esta constante idea. No há muchos días quedé dormido aspirando el aroma del tabaco holandés, porque yo tambien fumo en pipa (sea esto dicho con perdon de D. Jacinto á quien sin duda molesta el humo). Al poco tiempo empecé á soñar sobre el tema consabido ; me figuraba haber salido á la calle con objeto de comprar todos los periódicos de Madrid, con inclusion de las cartas tauromáquicas, á fin de leer en ellos noticias sobre la publicacion de D. Jacinto.

Insensiblemente se fueron dirigiendo mis pasos hácia la redaccion de *La Verdad* ; al irme aproximando, llegó á mis oidos un rumor sordo que por momentos iba acrecentándose ;

al desembocar de una calle, veo los alrededores de la redaccion ocupados por un inmenso gentío que se agolpaba impaciente ; parecia que se trataba de una asonada popular ó de la fuga de Doña Baldomera. Bien pronto comprendí el objeto que allí reunia á aquella multitud compacta, en la que se hallaban representadas todas las clases de la sociedad : pedian el folleto de D. Jacinto.

Allí estaba él (D. Jacinto), tratando de contener á la muchedumbre que se agolpaba ansiosa, y con su gran prestigio dominaba por un momento el tumulto, al asegurar bajo su formal palabra que todos tendrian ejemplar ; pero bien pronto la impaciencia popular hacia que se reprodujera aún más fuerte, y se codeaban, y se oprimian, queriendo cada cual ser el primero en alcanzar la apetecida prenda. Con gran trabajo pude penetrar por entre la apiñada multitud hasta donde se hallaba la personificacion de *La Verdad*. Por fin, iban á verse colmados mis deseos, iba á ser satisfecha mi constante ambicion. Deposito el importe del folleto, porque eso sí,

se pagaba adelantado, lo mismo que la *Revista de la Exposicion de Filadelfia*; ya el representante de *La Verdad* iba á hacer entrega... pero esto era tan inverosímil, que ni á un en sueños podia tener realizacion, y en aquel momento desperté sobresaltado, comprendiendo que era víctima de una atroz pesadilla.

Desde ese dia mi anhelo llegó á adquirir tal tension, que no pudiendo contenerse en los límites de mi personalidad, me ha sido preciso recurrir á la prensa, para que, como válvula de seguridad, desahogue un poco de su vehemencia, al mismo tiempo que dé á conocer al público, que hay quien sepa hacer justicia á la extraordinaria omnisciencia de D. Jacinto, y V., Sr. Director, tan entusiasta por las glorias nacionales, ayúdeme tambien en mi empresa; entonemos á duo himnos en loor de tan insigne patricio, y sepa España y sepa con envidia el Orbe entero, la inestimable joya que poseemos, contando entre nosotros al autor de los artículos contra el Catálogo, de ese monumento que contemplarán con admiracion las generaciones futuras, como una de las obras

que más han contribuido al adelanto de la humanidad. Y mientras llega el venturoso día en que, cual nuevo sol (estilo poético), aparezca radiante el folleto de D. Jacinto para solaz y contento de la *turba multa* de sus admiradores, yo, el más vehemente de todos ellos, lleno de ardor por la santa causa del progreso, y de afición hácia los sublimes escritos de D. Jacinto, en tanto no llego al logro de mis fervientes deseos, poseyendo siquiera uno de los prometidos ejemplares, tendré por constante divisa: *un folleto ó la muerte.*

UN SUSCRITOR Á LA VERDAD.

N. B. Aun cuando suscribo mi carta en esta forma, no se figure V. que es por ocultar mi nombre, nó; lo digo muy alto: sino que, en uso de mi autonomía, firmo con nombre supuesto, porque así me place y puedo hacerlo, segun nos ha explicado D. Baltasar que lo hace D. Jacinto, sin que pueda entenderse por ello el que no quiere decir su nombre. De la misma manera, si me encontraran metido bajo la cama, en virtud del pleno ejercicio de mis derechos individuales, no creo que nadie osara suponer el que trataba de esconderme.

San Petersburgo 24 de Diciembre de 1876.

Verdaderamente, mis valerosos campeones, tiene cosas la Academia de Bellas-Artes que no es posible que pasen por un gaxnate tan estrecho como el del Sr. D. Jacinto. Eso de haber hecho *mártir* á Santa Petronila, atentado es inaudito contra las facultades de la Congregacion de Ritos y cosa vedada á quien no posea las pontificales prerogativas de Don Jacinto. Éste por el contrario, se propone hacer mártir á la Academia en pleno, atormentándola con su tajante péñola despues de colocarla *salerosamente* sobre el rígido potro de su saber litúrgico y su intencion beatífica.

Pero no conseguirá la Academia poner encarnadas las cándidas vestiduras del sacerdocio católico el dia de Santa Petronila, en tanto que D. Jacinto va á poner verde por toda su vida á cuantos académicos le salgan al paso.

Mire V. que eso de haber llamado á María

Santísima *refugio de nuestros pecados*, como si se llamara al hospital *refugio de enfermedades*, tiene chinitas!... Pero la Academia dirá: ese es un tropo que entiende el más topo; el pecado por el pecador (*metalepsis*); porque *refugio* significa *asilo*, y así como en éste entra la enfermedad y se estirpa, así bajo el amparo de María entra el pecado y se quita. ¿Cree D. Jacinto que María es *refugio de perdidos*, como la llama Richel, y que éstos se quedan en el asilo tan *perdidos* como andan por esos mundos? A la Virgen acuden los pecados para lavarse, como á la Casa de misericordia la pobreza para socorrerse. Claro está que quien arrastra bajo la proteccion de María al pecado, como quien lleva la miseria al albergue de la mendicidad, es el hombre: ¿qué duda tiene? Por eso mismo nadie se equivoca respecto al sentido de la frase figurada *María, refugio de nuestros pecados*; esto es, *curacion, asilo, escudo nuestro contra el pecado*. ¿Pues no habia de saber la Academia la Letanía? Pero ni María Santísima libra á la Academia de D. Jacinto! Este

señor, con el salero del mundo, se ha convertido en un grano que ha venido á salirle en las narices á aquella corporacion, se le ha emberrenchinado, y ni las estopas del óleo se lo curan. Y tiene mucha razon el profundo filósofo; en este berengenal que se llama *mundo*, está visto que es inútil apelar á la Reina de los cielos, clamando como quiere Richel: «*Singular refugio de perdidos, sálvame*: porque suele suceder, que cuando se cree uno seguro bajo tal asilo, al entrar en él se encuentra de manos á boca con un tuno de siete suelas, como D. Jacinto dice con muchísima gracia; huyendo del peregil nos dá en la frente.

Lo que me parece un poco fuertecillo, es esa frase de *abogada de todos los inícuos*, aplicada á la Madre del Redentor por Dionisio Richel, segun dice D. Jacinto; porque si *abogar* significa *defender*, vale tanto aquel dictado, como defensora de cuantos bribones hay en el mundo: pero ¡tate! por eso dicen que los pícaros tienen fortuna, y que no hay bellaco que no tenga su ángel tutelar; mas

yo creí que eso era por aquí abajo solamente: ya veo que, según Richel y D. Jacinto, pasa lo mismo por allá arriba.

Hé aquí otro dislate de la Academia: dice D. Jacinto que ésta no ha reconocido en la *Pastorcita* de Zurbarán á Santa Margarita, y por eso dice que representa aquella *un alma virtuosa*; luégo si hubiera reconocido á la Santa, ¿no habria dicho que era *un alma virtuosa*? Oh! qué diantre de conclusion!... Las roeduras rabiosas é inconscientes, suelen producir el mismo efecto á los críticos, que á un raton la bolilla de queso amasada con estriénina. Hay censuras que hacen reventar al censor.

Vean Vdes. los vuelos de un criticastro empapado en el fervor de su heróica, casi divina misien. D. Jacinto la emprende con la Biblia y entrega á la pública censura los versículos traducidos por el P. Scio. Por supuesto, empieza por decir que la Academia no consultó la traduccion de este Reverendo Padre, como para acusarla del feo delito de protestantismo; pero recordando que la Biblia que

hay en la Academia es la misma que habrá registrado mil veces su señoría, tan revolvedor de estantes y protocolos, confiesa luégo con evangélica humildad que el versículo aludido es en efecto del Padre Scio, y lanza sobre éste toda la grave responsabilidad de haber hecho pecar de heregía á la Academia.

Hé aquí el caso:

Entre los textos en que se funda un cuadro que representa el *Nacimiento de Jesús*, hay el siguiente:

«Y fueron allá apresurados, y hallaron á María y á Joseph y al Niño, puestos en el pesebre.»

—¡Horror, ferocidad! exclama D. Jacinto; ¿cómo habian de estar la Virgen y San José puestos en el pesebre?—Es verdad; *ponerse al pesebre*, es meterse dentro, como *ponerse á la mesa*, significa encaramarse en ella ó zamparse en la sopera; y *ponte al bufete*, equivale á introdúctete en un cajon de la gaveta, ó á zambúlette en el tintero. Si á Don Jacinto se le dijera, *ponte en el pesebre*, de seguro le hallariamos acurrucado dulcemen-

te sobre la paja. Esto no vá en el modo de hablar; sino en el modo de entender.... y en las simpatías. Por eso El P. Scio, cayendo en la cuenta de que podia haber algunos D. Jacintos en el mundo, varió la locucion en las posteriores ediciones de la Biblia, como diciendo:—«Cuidado, que el Niño estaba dentro, y María y José por fuera del pesebre.»

Otro pasmoso y aterrador cargo que dirige el ilustre teólogo á la Academia consiste, en que unas veces ha tomado los textos de la primera edicion de la Biblia hecha por Scio, y otras de la segunda. Esto prueba: primero, que tiene las dos; segundo, que las ha usado ambas; y tercero, que las ha copiado fielmente en uno y otro caso; y esto con tanta mayor confianza, cuanto que las variantes son de mera expresion, toda vez que el P. Scio no ha podido ser herético en ninguna de ellas.

Si un texto dice que—«la estrella *llegando vino* y se paró donde el niño estaba,»—cuénteselo D. Jacinto al P. Scio, y él le contestará que así lo dice San Mateo y que está muy requetebien dicho; supuesto que esa frase es

clara, propia, exacta, precisa y hasta bella; porque indica que la estrella *vino* por el firmamento, *llegó* á su destino y se *paró* para marcar el lugar en que nacia el Redentor. Por lo demás, es innegable que el eminente gramático baraja el idioma con suma destreza, sin miedo á la Academia de la lengua, ni respeto al P. Scio y á su Biblia. En esto de hacer ensaladas, no hay quien pueda con el Sr. Flores Estrada, que debió aprender este arte en el *Buscapié* y en *Otras obras inéditas de Cervantes*.

Hace muy bien D. Jacinto en no tolerar que al Angel Gabriel se le rebaje de su categoría, llamándole simplemente *Arcángel*; enojado y muy mucho estará el célico espíritu con la Academia por haberle apeado el tratamiento, y seguramente habrá debido sonreír lleno de gratitud desde el cielo, al oír al seráfico D. Jacinto tronar contra esta falta de etiqueta (ó música) celestial, digámoslo así, si no fuera porque al mismo tiempo se le antojó á su beatitud tachar con su negro lápiz la palabra *San* que quiso la Academia anteponer

al nombre de Gabriel, por aquello de que le pareció bien y le dieron ganas de hacerlo, vamos al decir, que lo que abunda no daña. Negar la santidad al ángel cuando la popularidad le llama á voz en grito *San Gabriel*, es alarde de independencia en el esclarecido crítico, y al mismo tiempo signo de sumision á la Biblia. En efecto ; si ésta no escribe *San Gabriel*, ¿ qué pluma osada se atreverá á escribirlo, aunque por otra parte sea una verdad ? Pero lo más gracioso del caso es, que el mismo D. Jacinto se olvida de lo que ha dicho en un raptó de furor, y en su artículo VI nos estampa con todas sus letras *Arcángel San Gabriel* y más arriba *San Gabriel* otra vez. ¡ Qué sorpresa !...

Hé aquí otra correccion de estilo acertadísima : al describir el cuadro 120 de *Los desposorios de la Virgen*, dice la Academia que al lado de José se hallan dos figuras de hombre ; y al de María otras dos de mujer ; y luego añade que—«el autor ha querido significar á San Joaquin y Santa Ana.»—Y concluye D. Jacinto con esa claridad y perspicacia de

ingenio que le concede el cielo á trueque de oraciones : —«Luégo San Joaquin es dos y Santa Ana otras dos.»—Justamente ; sólo que para decir tal disparate, era menester expresarlo de un modo terminante, como por ejemplo :—«En los dos hombres ha querido representar el pintor á San Joaquin y en las dos mujeres á Santa Ana.»—Esto no se ha dicho, y el sentido comun no puede incurrir en tamaño error ; luégo el eminente crítico se halla por fuera del sentido comun y finge los disparates por el deleite de decirlos, áun en boca agena. La Academia, al leer esta tremenda objecion, habrá exclamado :—« ¡ Ay, qué desgracia es hablar por boca de gansos!... »

Pues allá vá esta otra : dice la Academia hablando del *San Juan* de Zurbarán, que el Evangelista escribe en un libro que tiene sobre la rodilla y bajo el cual aparece el águila. Y exclama D. Jacinto con tanta chispa como lógica :—«Si el libro está sobre la rodilla y el águila bajo el libro, es claro que el ave se encuentra entre el libro y la rodilla.»—Eh ? hay quién menee este silogismo ? Y digo yo :

«si el águila no puede estar bajo el libro estando el libro sobre la rodilla, ó D. Jacinto cree que la rodilla del santo es del tamaño de un libro en folio, ó que el libro es del tamaño de la rótula del santo.»—Cataplum !...

Pero allá vá para terminar, algo sobre la crítica del cuadro *La Pentecostés* del mismo Zurbarán; la Academia dice que (segun el pintor), el Espíritu Santo descende sobre los Apóstoles y demás hermanos elegidos; y dice D. Jacinto, que está bien enterado en esto, que no bajó más que sobre la Virgen y los Apóstoles. ¿Pues quiénes son los demás que están en el cuadro? Si D. Jacinto hubiera sido alguna vez académico y Zurbarán hubiera tenido el don de profecías, de seguro diríamos que su bella figura se encontraba en lugar de Matías, que creo que fué sustituto de Judas. Así nos podríamos explicar cómo posee el ilustre filólogo el don de lenguas.

Sigue diciendo la Academia, que se hallaban los Apóstoles formando *círculo alrededor* de la Virgen, venerándola de rodillas, cuando aparecieron las lenguas de fuego. Y exclama

D. Jacinto como si lo hubiera visto:—«No señor, estaban contándole cuentos á María Santísima, cuando empezó aquella lluvia y cayeron en la cuenta de que debían ponerse á rezar y dejarse de chismes.»—Una explicacion equivalente da el poligloto.

Por último, la Academia dice que San Pablo se hallaba en el cenáculo recibiendo el Espíritu Santo, y esto hace dar un brinco al bueno de D. Jacinto y lanzar, cual otro *Tonante* contra la atribulada corporacion, uno de sus más tremendos rayos.—«Esto es llamar *apóstata* á San Pablo! dislate, ignorancia, osadía, ignominia, heregía que sublevan la conciencia, excitan la indignacion, producen vergüenza y desdoran á Cádiz!... Oh!... Ah!...

Fuerte, fuerte, D. Jacinto, que afortunadamente Cádiz, y la ciencia, y el arte, y la religion, tienen bastante honor y bastante gloria con poseerle á V. derramando grandeza y sabiduría, religiosidad y belleza, gloria con salmolida por los poros de ese jacarandoso cuerpo. Pero ¿y si Zurbarán tuvo el capricho de poner allí á Saulo, tal vez porque más ade-

lante le habia de convertir el Espíritu Santo por medio de un rayo de luz, ya que no de una lengua de fuego?

Esto, despues de todo, no seria más que un anacronismo muy frecuente en los pintores y que no puede causar extrañeza más que á Don Jacinto y eso que es hombre que no se detiene en pelillos ni se para en barras. Pero quizás tenga razon D. Jacinto; yo creo que allí no está San Pablo. Si D. Jacinto hubiera andado extraviado alguna vez en asuntos de religion y Zurbarán hubiera poseido la doble vista magnífica, tentado estoy por creer que aquel tercer personaje anónimo representa á D. Jacinto, por más que éste no guste de anónimos, ni en su vida se haya disfrazado siquiera sea de Apóstol.

En fin, dejemos esto á los Santos padres, atendamos al ilustre fallo de esta *florida* lumbre, de ese esplendoroso astro que luce en Cádiz para eterna envidia del faro de San Sebastian, y permitanme que me retire del pallenque despues de haber roto una lanza en defensa de D. Jacinto Flores Estrada.

UN SEXTO SUSCRITOR.

V.

¡TODO NEGRO!

¿Han visto alguna vez mis lectores al despuntar el día de qué manera la luz del sol vá eclipsando con su brillo el tímido fulgor de las estrellas y hasta el del astro más hermoso de la noche ? Pues de igual manera D. Jacinto con su crítica borra y desvanece lo que á todos parece claro y luminoso. Con la sola diferencia, de que el astro rey todo lo inunda de luz de tal modo, que donde él se halla nada tiene más brillo ; miéntras que nuestro crítico todo lo ennegrece y empaña, pues donde él está nada puede verse claro. Es como el astro de las oscuridades, si las oscuridades pudieran tener astros.

Porque en ciencia es D. Jacinto una especie de pozo de tinta ; en literatura como un cajon de betun ; y en artes á manera de un

almacen de carbon; de tal modo emborrona, mancha y tizna cuanto se halla á su alcance.

Por una *errata evidente* se dice en el Catálogo, página 263, que el retrato allí descrito fué pintado por Tomás Moro. Es evidente la errata, porque en la siguiente página (264, línea 6), se llama á este pintor con su verdadero nombre, ó mejor dicho, con su nombre españolizado: Antonio Moro.

Pues aquí de la tinta de D. Jacinto. Emborrona, emborrona hasta que hace decir á la Academia lo que ni siquiera ha soñado; que el canciller de Inglaterra, Tomás Moro, pintó el cuadro.

Otra errata clarísima se halla en la página 67; pues por una distraccion disculpable se ha puesto Luis Blanc en vez de Cárlos Blanc, cuyos dos nombres nadie puede confundir, porque pertenecen á personajes muy distintos. No cabe duda de que es errata, pues en varios puntos del Catálogo (página 40 y otras), se cita á *Cárlos Blanc* como autor de la *Historia de los pintores*. Esto es claro ¿verdad?

Pues aquí del betun de D. Jacinto. Man-

cha por aquí, pringa por allá, cubre por este lado, y cáten Vdes. que nuestro héroe *prueba* (¡ qué pruebas las de D. Jacinto !), que la Academia confunde al economista Luis Blanc con el autor del susodicho libro.

La Academia dice en el Catálogo al hablar del pintor Juan David Heem : *fué discípulo de David, su padre*. Está bien claro que dicho pintor fué discípulo de su padre, y que éste se llamó David.

Pero ¿ no anda por ahí el carbon de D. Jacinto ? Pues tizna, tizna, tizna, y á fuerza de tiznar, quiere hacer creer á sus lectores (sin duda se ha figurado D. Jacinto que son tontos) que el Catálogo dice que David fué *padre, hijo y discípulo de sí mismo*.

Esto es magnífico, D. Jacinto: yo pido para V. el primer premio en lingüística y en interpretacion de textos, incluso los bíblicos.

Y dice el Catálogo (página 245) : « Miéntras que las Horas, rodeando á Apolo con su carro tirado por cuatro caballos y que *representan* al Sol, prosigue en lo alto de los cielos su revolucion eterna. »

Cualquiera que no sea *un estúpido* comprende que le sobra una *ene* al verbo representar: pues hasta los niños de la escuela saben que mitológicamente se representa al Sol, por Apolo: es una errata de buen sentido.

Mas D. Jacinto sigue derramando negra tinta (ó negra bilis), todo lo emborrona y hace que diga el Catálogo lo que nadie lee, ni ha querido decir.

Segun el Diccionario de la lengua (y mal que le pese á D. Jacinto), *túnica* es, en sentido general, todo hábito ó vestido talar. En tal concepto ha usado esta palabra la Academia, y la emplea repetidísimamente el Excmo. Sr. Don Pedro Madrazo en sus conocidos y reputados Catálogos, si bien con la errata de una *o* en vez de una *a*. La cosa es bien clara y no hay que devanarse los sesos para atestiguarla. Mas ¿para qué sirve el talento de D. Jacinto? Esto no podia quedar sin sus borrones; y en efecto, D. Jacinto emborrona sin tener piedad del sentido comun.

¿A qué seguir cansando á nuestros lecto-

res? Ya deben estar penetrados del talento *singular, especialísimo*, de nuestro ensalzado héroe. Por todas partes deja el sombrío D. Jacinto el rastro de sus oscuros trabajos. Aquí los negrísimos borrones de su tinta, allí las manchas indelebles de su betun, acullá la espesísima tizne de su temido carbon.

¡ Qué tenebroso es D. Jacinto !

Pero en cambio de la sombra que derrama sobre los demás, ¡ qué lucidez, qué brillo para manifestar todo lo que él sabe, todo lo que en ciencias abarca su portentoso genio !

Porque es menester que lo sepan mis lectores y el mundo entero : D. Jacinto ha llegado al pináculo del saber en geometría ; pues conoce que el *diámetro es doble del radio*, lo que no sabe, no señor, ¡ la Academia de Cádiz ! Estos profundos arcanos de las ciencias, sólo llegan á penetrarse á los cuatro ó seis años despues de la lactancia.

Admírense todos los mortales, porque Don Jacinto en historia natural es un prodigio ; ya sabe que los palomos y palomas empoñan sus huevos, cosa ignorada por todos, in-

clusa la Academia. Si hay quien no lo crea, vea á D. Jacinto, capítulo VI, párrafo no sé cuántos ; porque las palabras de nuestro héroe hay que registrarlas como los versículos de la Biblia, en calidad de autoridad infalible. ¿ Con qué empollan sus huevos ? ¡ Qué descubrimiento para la ciencia zoológica !

Pásmense todos los que á saberlo lleguen : nuestro tenebroso personaje no ignora que *cúspide* es la de una pirámide y la de una montaña. ¿ Sabe algo D. Jacinto ?

No así la ignorantona de la Academia, que ha llamado *cúspide* á la parte más alta de una fuente, lo que segun D. Jacinto es un disparate.

El diccionario de la lengua dice que, en sentido metafórico, *cúspide* es la punta más alta de cualquier objeto, y hasta lo más elevado de cualquier cualidad.

Así que, siguiendo esta definicion, se podrá decir que D. Jacinto se halla en la *cúspide* de los criticastros, de los genios y de los sabios ; pero una vez que nuestro héroe prohíbe este sentido figurado, no usaremos de aque-

lla metáfora ; y para dar á entender de algun modo cuán grandes y estupendas son las cualidades del tenebroso gigante que ensalzamos, diráse, no que se halla en la *cúspide*, sino tres kilómetros y medio por debajo de la base del sentido común.

UN SUSCRITOR.

Pekin 31 de Diciembre de 1876.

Mis distinguidos *Jacinteros*.

Precedida de una serie de cuentos nuevos y entretenidos, y sobre todo narrados con toda la sal del mundo—porque eso sí, D. Jacinto es gracioso y tiene un humor que ya!... que ya, ya!...—se descuelga nuestro héroe con un argumento bíblico en su artículo VI, que habrá dejado á la Academia atolondrada.

Figúrese V., y figúrese el mundo, que á esta condenada corporacion se le antoja describir un *Ecce-Homo* con un texto de San Mateo, que dice:—«Y desnudándole, vistiéronle un manto de grana y tejiendo una corona de espinas pusiéronsela sobre su cabeza y una caña en su mano derecha.»

Y al llegar aquí, exclama D. Jacinto : — «Qué *Ecce Homo*, ni qué niño muerto !—esa es la *Coronacion de espinas*.»—Y yo digo :

¿Qué *Coronacion de espinas* ni qué alcachofas!... Ese es *El sagrado manto* ó *La sagrada caña*! Cuando vean Vdes. por ahí un cuadro que represente al Redentor, *desnudo, con un manto de púrpura sobre los hombros, las manos atadas y en la derecha una caña, la cabeza baja y punzando sus sienes la corona de espinas*, que son las mismas palabras con que ha *tenido la torpeza* de describirle la Academia, digan Vdes. que esta es la *Coronacion* ó las *Siete palabras*; cualquier cosa, ménos un *Ecce Homo*.

Y luego, ¡haber tomado el texto de San Mateo y no de San Juan, esto es inconcebible! Tan absurdo, como haber tomado el de San Juan y no el de San Mateo. ¡Cómo estará San Juan con la Academia por este desaire! Consuélome con pensar cómo estará San Mateo con D. Jacinto por esta crítica.

Con razon se subleva la integridad religioso-literaria del Sr. D. Jacinto al oír á los cataloguistas que, describiendo un cuadro de *La Anunciacion*, dicen que el pintor, no sólo ha presentado al *Arcángel San Gabriel* (como

por fin se aviene á llamarle el bueno de Don Jacinto), sino al Espíritu Santo rodeado de Serafines, *nuncios de la encarnacion del Verbo*. —¿Cómo *nuncios*? aquí no hay más nuncio que el Arcangel! exclama indignado el eminente crítico.—«Novedad, novedad, inventiva sublime de la Academia... la Iglesia sólo ha llamado *nuncio* á San Gabriel hasta ahora, ¿lo entiende bien la Academia?... Hum!... pues cuidadito con otra! —»

Verdaderamente eso de cogerle la *nunciatura* al Angel San Gabriel y repartirla entre los serafines, es un socialismo demagógico de dos mil diantres. Esos espíritus que le plugo al pintor poner en lo alto del cuadro, son meros comparsas para el efecto de la escena; no tenían significacion ninguna, ni venian del cielo, ni confirmaban y engrandecian la embajada del Angel... cá! ni por pienso! Pues dígaselo D. Jacinto al artista á quien se le antojó, porque seguramente no habia leído á Santo Tomás ni á San Dionisio, fingir que bajaba del cielo una espiritual cohorte, presidida por el Angel del Señor, para traer á

María la sorprendente nueva ; pero á la Academia, ¿ qué le cuenta V ?

Pero D. Jacinto aprovecha esta ocasion para probarnos cuánto sabe de la *lirica* celeste y hablarnos de los coros angelicales ; y como el segundo coro es el de los Arcángeles al decir de su señoría, y San Gabriel es Arcángel, segun le nombra, deduzco yo que debe tener voz de baritono, puesto que los tenores pertenecen al primer coro y los bajos al tercero. Música, música celestial !

Bien dice el francote de D. Jacinto, al finalizar su admirable artículo VI, que como VI no tiene desperdicio : dejándose llevar de la misma expansiva fruicion que le causan los mordiscos que acaba de tirar á la Academia, al terminar dice relamiéndose :

« En verdad que si no hubiera copiado (la Academia) tantos y tantos errores, no hubiera dado al que suscribe *el gusto de sacárselos á la vergüenza*, y al público el contento de saber que tiene en la Academia de Bellas Artes una corporacion que no entiende una palabra de los objetos de su instituto. »

En primer lugar, esa descarada afirmacion de que el público de Cádiz tiene un *gran contento* en conocer la ignorancia de la Academia, es un doble insulto inferido por el ilustre crítico á su país natal; porque eso supone ante todo que en Cádiz abundan los D. Jacintos, y afortunadamente no hay dos; si bien creo yo que se quedaria la ciudad muy gustosa sin el raro ejemplar que posee; y despues, pienso yo, que si la Academia valiera tan poco, Cádiz lo sentiria en el alma; porque esa institucion es uno de sus más bellos timbres de gloria, especialmente desde que el Gobierno de S. M. limpiólo como se limpian los campos de langostas.

Por otra parte, si la Academia es ignorante, para eso brilla, más que la candileja de un freidor, la clara fama de D. Jacinto.

Pudiendo contener á este tras el cinturon de sus murallas ¿para qué quiere Cádiz más Academias, ni más sabios, ni más artistas, ni más maestros, ni más modelos? D. Jacinto es el gran tipo, el prototipo, el architipo, el *tipazo* de cuanto hay de infalible, inexpug-

nable y *jacarandoso* en mil leguas á la redonda. ¿Hay nada más seguro, más lindo, ni más *salao*?... Olé!

Pero si tanto peca la Academia, ¿para qué encasquetarle tambien las erratas de caja? ¿Por qué si de una *u* hicieron los cajistas la sílaba *ce*, suponer que aquella confunde la *Asuncion de la Virgen* con la *Ascencion del Señor*? Buena fé, buena fé ante todo, que nadie pueda decir que D. Jacinto es un *tramoyon*.

Enfádase el tremebundo censor, porque el Catálogo escribe que S. Lorenzo está sentado y *vestido* de dalmática.—*Revestido* se dice, caballeros; lo demás es tontería.—Pero como *vestir* es cubrir el cuerpo y *revestir* cubrir el primer vestido, tanta razon hay para decir, *un S. Lorenzo revestido de dalmática*, como *un D. Jacinto revestido de casaca*. Luégo, nos advierte el Dicionario de la lengua (página 240, edic. 11.º) que la dalmática es una *vestidura*; por tanto es exactísimo decir que se *viste*; y para mayor razon, nos enseña el mismo Dicionario (página 682,) que el ver-

bo *revestir* se usa más comunmente como recíproco; es así que la Academia no emplea esta forma, luégo hizo perfectamente en valerse del verbo *vestir*, con preferencia al *revestirse*.

¿Pero cómo se atreve á decir la Academia que el santo tiene entre sus manos *la parrilla*? — *La parrilla*?... Las parrillas, hombre; las parrillas se dice; la parrilla, es una botija sin pitorro, del tamaño de la cabeza de Don Jacinto, y San Lorenzo no murió embotijado; sino asado y hecho un chicharron, como moriría la Academia de Bellas Artes, si tomara por lo serio los dilates, bobadas y chapuces que le endilga por ahí alguno de los académicos del viejo régimen que no se atrevió á hacer nunca un Catálogo tan malo como el presente.

Pero es el caso—oh dolor!—que la cita que hace D. Jacinto del Diccionario de la lengua es violenta y por tanto es de suponer que quien hace fuerza á la Academia, la hará tambien á Covarrubias.

Hé aquí lo que dice la última edicion del

Diccionario de la lengua castellana (página 576, columna del centro).

«*Parrilla* —f—Especie de hotija ancha de asiento y muy angosta de boca. || *pl. Instrumento de hierro en figura de rejilla, con pies, que sirve para asar ó tostar.* || *Germ.* El potro en que daban tormentos.

Y despues de esto, no pone aparte el plural de este nombre, lo cual prueba que se halla en el caso general de los demás, y que se usa en singular ó plural, como conviene ó place, aunque sea más vulgar la acepcion del plural como quiere el ortográfico censor.

D. Jacinto halló en este singular una ocasion de lucir su gracejo natural, ó contaba como en lo demás, con que nadie pondria de manifiesto sus picardigüelas, á pesar de que no es la vez primera que le sale el tiro por cualquiera parte, y se fué del seguro una vez más. Eso qué importa? Es lo cierto, que Don Jacinto sabe más de *parrillas* que el mismo *Tio Caniyitas* y que en todo el barrio de la Viña hay un *Repampliyao* que se le pueda poner delante, así como en todo el mundo lin-

güístico existe quien como él maneje la lengua.

Quede, pues, San Lorenzo en su *parrilla* y D. Jacinto en su botija, y permítanme Vdes., mis queridos compañeros de pelea, que me retire á mis reales ; porque esta defensa que acabo de hacer de D. Jacinto, me pone en un potro, ó, lo que es lo mismo, me pone en parrilla.

UN SÉTIMO SUSCRITOR.

VI.

NIGROMANCIA Ó ADIVINACION.

Creerán mis lectores que despues de las raras cualidades que hemos admirado en nuestro héroe, no cabe humano ser que posea más perfecciones. Es verdad : pero debo decir que aún falta lo más notable, lo más raro, lo verdaderamente estupendo é inverosímil.

Así es, que yo tengo para mí que D. Jacinto no es un hombre, no señor (no vayan Vdes. á creerse que es una mujer); es un ser superior, un espíritu supra-humano, un prodigio viviente, un mago, un adivino, un hechicero, un... qué sé yo : algo que sale fuera de la humana y varonil naturaleza.

Archiveros de todos los archivos : mucho cuidado con D. Jacinto, porque tiene en la punta de la uña todos los papeles!

Secretarios de todas las secretarías : no descuidarse, pues D. Jacinto sabe *c* por *b* todos los documentos que guardais en vuestros cerrados estantes !

Pero, señor, esto es inconcebible ; ¿ cómo puede D. Jacinto penetrar por las rendijas de los cajones y de las puertas y abrir las cerraduras ? ¿ Es un duende revoltoso, ó una rugosa y corcobada bruja ?

No lo sé : yo he leído en alguna parte que hay seres tan singulares, que ven con la espina dorsal, oyen con la rótula ó el peroné, y huelen con los omóplatos ; pero D. Jacinto hace más que todo esto ;

porque «su esencia se trueca
el muro hasta penetrar
cual gota de agua que seca
el ardor canicular !»

Demonio ! que me va dando miedo ! Don Jacinto ¿ es usted el diablo ó tiene pacto con algun ganapan de los mismísimos infiernos ?

Calle ! pues quizás por eso aseguró V. que no era Luzbel, sino un *quidam diablesco* el

que esa necia Academia se atrevió á calificar de *Príncipe de las tinieblas*, sin contar con su autorizada opinion.

Pero sea de ello lo que quiera, el hecho es que D. Jacinto es un archivo ambulante, ó mejor aún, una coleccion de archivos que se han ingerido dentro de su personalidad. Así conoce al dedillo los más pequeños detalles de los legajos y protocolos.

¡Cuántos archivos ha revuelto D. Jacinto, cuántos papeles han caido bajo su mano, y qué habilidad tan sin igual para barajar toda clase de fechas y hechos ! Pero ¿ cómo podrá saber D. Jacinto, si no tiene pacto con algun diablillo, alguna de las cosas que afirma ?
Ejemplo :

D. Jacinto no sólo ha leído, sino que sabia de memoria, las actas de la Academia del 23 de Julio de 1822 (caramba !); y del 18 de Noviembre de 1823 (zambomba !); y la del 26 de Setiembre de 1822 (canastos !); y la del 26 de Julio de 1837 (caracoles !); y la de 20 de Junio del mismo año (demonio!), y en fin, todas las actas de la Academia las co-

noce, las sabe y parece como que las tiene en su poder.

¿ Para qué necesita archivo la Academia ? Alquile á D. Jacinto, y tendrá todo lo que le haga falta ; porque yo lo nombraría, con arreglo á su mérito, *gran archivero de la magia negra*.

¿ Pues y tratándose de procedencias de cuadros ? Ahí es nada lo que sabe D. Jacinto ! *El Angel de la Guarda* procede de la Cartuja de Jerez ; *Cristo en la Cruz*, de San Felipe Neri ; el núm. 32 del Catálogo, de San Agustín, y el 38 y el 93, de los Duques de Medina Sidonia, el núm. 90... etc. etc. Todas, todas las procedencias las conoce D. Jacinto.

Pero ah ! qué idea ! D. Jacinto, ya que la Academia no sabe, ó no ha querido indicar las procedencias, no ya de esos cuadros ingresados hace tiempo en el Museo, sino siquiera de los *fresquitos*, de los recién llegados, cosa tan importante y necesaria segun V. y D. Ceferino Araujo, no deje de prestar este servicio á Cádiz, algo más importante que cojer las *enes* vueltas y las *comas* al Ca-

tólogo. Porque ¡ ya se vé ! la Academia es tan torpe, que no ha podido saber de dónde proceden, en origen, veinte y cinco cuadros que, á fines de 1874 fueron á ella con destino al Museo por conducto del Vicepresidente de la Comision de Monumentos; pero la rara habilidad que V. posee, le hará dar con la pista.

Y no se vaya V. á creer que esta es cosa de poca importancia ; la tiene, no sólo en concepto artístico, sino en atencion á que dió márgen á que esta Academia, que podrá ser ignorante, si V. quiere, pero que es honrada, no quisiese, ni indirectamente, aparecer solidaria de un hecho que, segun de público se dijo, pudo ser una grandísima estafa. Así consta en sus actas, que V. debe conocer, como las conoce todas.

D. Jacinto, preste V. este eminente servicio al arte, á Cádiz y á España. La Academia no ha podido ó no ha querido dar con el rastro ; pero V., tan escrupuloso, tan exacto, tan amante del buen nombre de Cádiz, debe investigar las sombrías particularidades de esa compra.

Para V. ha de ser muy fácil el saber lo siguiente:

1.º Cuando se adquirieron esos veinte y cinco cuadros.

2.º Quienes los vendieron al Ayuntamiento.

3.º Cuáles son sus verdaderos autores.

4.º Qué valor puede asignárseles, poco más ó ménos.

5.º En qué precio fueron adquiridos por el Excmo. Ayuntamiento.

6.º En qué fecha ingresaron en la Comisión de Monumentos históricos y artísticos.

7.ºCuál es su procedencia de origen. Más claro: quién los vendió y dónde pudo adquirirlos el que los enagenó al Excelentísimo Ayuntamiento.

Mire V. que la cosa es grave y digna de que se ocupe de ella, más que de las pequeñeces del Catálogo.

Despues que V. concluya este trabajo, ya le iremos señalando otro en que pueda emplear sus ócios, para bien de la ciudad y regocijo y satisfaccion de los hombres de bue-

na voluntad y corazones sanos que quisieran verle á V. metido en tareas de mejor índole y más provecho.

Siquiera por la defensa que de V. hago, me atrevo á repetirle muchas veces mi ruego, y si no fuese bastante, pondré por intercesora á Santa Petronila, á quien el almanaque y V. declaran Virgen, pero no Mártir.

En fin: por hoy, descanse, si puede, D. Jacinto, que bien lo ha de menester.

UN SUSCRITOR.

Manila 5 de Enero de 1877.

Pero no me negareis, mis apreciables colegas, que D. Jacinto es un hombre de paciencia : creo yo que casi tiene tanta, como necesitan la Academia y Cádiz entero para tolerar sus ingeniosas impertinencias. Miren ustedes con qué calma y qué menuda cachaza, con sus afiladas y diestras uñas, despues de rebuscar letras, espurga palabras en su artículo XII, último destello (por ahora), de su eminente ingenio.

Estoy seguro de que si llega Darwin á saber esta tendencia y esta habilidad en el *piojeo* que ostenta D. Jacinto, lleno de alegría vá á exclamar: »--¡Y luégo dirá el mundo que el hombre no desciende del mono !—Vean ustedes aquí, sabios de la tierra, un tipo humano que ha conservado claro y entero ese instinto característico de los *simianos* : vean Vdes. ahí un *makis* perfecto, sólo que su acti-

tud, ilustrada por el *archiveo* continuo y purificada por la pulcritud de una conciencia meticulosa y angélica, recae sobre la obra de la cabeza en vez de ejercitarse sobre la cabeza misma; este es el progreso. Ah! y el mundo vé una eminencia, casi un promontorio, en donde yo veo un ser antropomorfo, casi un orangutang... ¡Cuánto se engaña el mundo! ¡Cuán feliz sería yo si poseyese, como posee Cádiz, sólo un ejemplar de D. Jacinto!...—»

Y en efecto; creo yo que Darwin tiene razón: mas esta vez debe la Academia dar las gracias al regenerado *titi* darviniano, porque su espurgo ha servido para descubrir un mérito; D. Jacinto ha sacado entre sus uñas el *númen poético* de los cataloguistas: ha probado que éstos, como Ovidio, *quidquid dixerit versos erat*; y que por tanto, el día en que se propongan entonar un himno épico en honor del atlético censor, ni los cantos homéricos, ni el poema del Cid, podrán resistir á los ecos de la espontánea y entusiasta trompa de la Academia; cada trompetazo ó cada trompis (paranomasia, paranomasia), vá á ir

encaramando á D. Jacinto á la cúspide del chimborazo de la fama.

Empieza D. Jacinto á manifestar su *rimofobia* con el siguiente mordisco:

—«Dice la Academia que San Sebastian estaba bien puesto en la córte, es así que tenía cuarenta años cuando lo martirizaron, luégo... castaña!»—

Ay qué salero!... ¿Conque no se puede ser bien quisto en la córte, y ser asaeteado á los cuarenta años?... Pues hé ahí á los cataloguistas muy bien reputados en Cádiz, y tienen diferentes edades, y están sufriendo, como aquel santo, los emponzoñados dardos que le lanza esa valerosa hueste que capitanea el denonado crítico: hélos ahí que Don Jacinto les rasga las vestiduras, para confccionarse con los jirones un *túnico* famoso con que cubrir sus carnes, verdes con la bÍlis, los ata al mástil del Catálogo y les clava sin mirar en dónde, porque todo el cuerpo es toro, las envenenadas plumas de que tiene atestado su colosal tintero, y áun algunas otras enmohecidas que le suelen prestar sus

generosos, si bien escasos, prosélitos. Oh ! qué amigos tienes, Benito !...

Conste á la Academia que el *culto*, no puede estar *oculto* ; porque la derivacion se opone á la verdad ; la retórica devora á la gramática ; ni debe decirse que hay una *calavera* detrás de la *cabecera*, porque la rima exige que se la sitúe en cualquiera otra parte ; ni que *descuella* una *doncella*, porque á éstas les está prohibido descollar ni áun pintadas ; ni puede pedirse *perdon* con *desesperacion*, sino bailando las *folias* ; ni puede estar *sentado* un niño *alado*, porque indudablemente las alas estorban para el caso, etcétera, etc...

Pero D. Jacinto ha querido probar que puede cantarse el Catálogo por el *Punto de la Habana*, y para ello se ha complacido en rebuscar los consonantes ; mañana reserva para Cervántes la doble gloria de demostrar : primero, que el *Quijote* no es suyo, sino de Avellaneda : y segundo, que caso de ser suyo, puede cantarse por el *Trágala*.

Pero hé aquí que al bueno de D. Jacinto

se le ocurre un cuentecillo de vecindad tan gracioso, que de risa le ocurren á uno mil incidentes extraordinarios : lo aplica luégo ; y como todo en su picaresca pluma se convierte en argumento, caten Vdes. que un cuadro calificado de *Busto de la Virgen*, atribuido á *Corregio*, ni es *busto*, ni es *virgen*, ni es de *Correggio* : porque..... ¡ mucho ojo, morenitos ! — « Por el lienzo, por el dibujo, por el gran empaste (no tienes tú mal empaste), por el colorido a brillantado, etc., (y por la etc.), se demuestra, que es cuadro pintado sesenta años por lo ménos despues de muerto *Corregio*. »

¿ Y habrá quien dude de la época en que se pintan los cuadros cuando la cantan los lienzos ? ¿ Y habrá quién ignore las épocas en que mueren los pintores, cuando las publica *el colorido a brillantado* de sus obras ?

Lo que es particular, es el raro empeño que muestra D. Jacinto en que el Catálogo haya de hablar de cierta individualidad ex-académica, de la que puede que buscando bien se encuentren, en efecto, rastros de que por allí

pasó: esto no es de extrañar, porque todo lo grande deja huella de su paso: tal fué la *grandeza*, tal es la huella; ó al contrario, tal es la huella, tal fué la grandeza: que hay grandes venturas en el mundo, como tambien hay grandes calamidades. Mas ¿á qué habia de ocuparse la Academia del pasado, sobre todo cuando este pasado no tiene para ella nada de agradable? ¿Quién se complace en evocar recuerdos de un ayer vergonzoso, como no sea para excitar un remordimiento y hacer un propósito de enmienda? La Academia, imitando á D. Jacinto, que evoca cuando le conviene las sombras venerandas de los hijos preclaros de Cádiz, dejando tranquilos en sus tumbas los fantasmas de las funestas personalidades, se limita á contemplar el brillante catálogo de sus socios honorarios; á cuyo frente figura el héroe de Luchana, se ocupa de los académicos numerarios, que hoy la defienden y enaltecen hasta el punto de producir esa irritacion de D. Jacinto y hermanos mártires; y lamenta no tener facultades para otorgar títulos *in partibus infidelium*; por-

que tal vez se atreviese á regalar uno á Don Jacinto y otro al donador de los cuadros números 179 y 160, y otras *camamas*, al que parece que tanto debieron en otro tiempo la Academia, Cádiz y tal vez el mundo entero; pero á quien hoy es muy posible que nadie deba otra cosa que indignacion y lástima: porque... todo puede ser!

Critica D. Jacinto la frase *soberbia actitud* con que el Catálogo designa á un ángel de los que figuran en el cuadro del *Juicio final*: y lo hace con tanta buena fé, que despues de citar unos cuantos textos del Diccionario de la lengua alusivos al sustantivo *soberbia*, se calla los que se refieren al adjetivo, que es precisamente el que usa el Catálogo. *Soberbio*, dice el Diccionario, pág. 716, columna 3.^a *Activo, arrogante y elevado*: y ántes, al explicar el adverbio *Soberbiamente*, ha dicho: *arrogante y altivamente*; (metáfora), *con notable perfeccion ó magnificencia*. ¿Está esto claro? ¿Se puede ser *ángel arrogante*? ¿Se puede decir *¡un soberbio animal!* como D. Jacinto exclama, y *¡un soberbio ángel!* como escribe la Academia?

No entiendo bien esa censura que D. Jacinto dirige á los cataloguistas, por haber dicho que el autor del cuadro del *Juicio final* tuvo la ocurrencia de reproducir al Hijo de Dios con una hoz en la mano *como el Saturno de los antiguos*; ¿no se representaba así á este dios de los hambrientos, D. Jacinto? No está así en el cuadro? ¿Pues por qué culpa V. á la Academia por haber dicho la verdad? ¿Y si lo ha escrito así en son de crítica del autor? Usted está ciego de berrenchin.

Lo mismo que irritarse porque le plugo al Catálogo designar al Papa con el título de *representante de San Pedro* y no con el de *representante de Jesucristo*. ¡Qué papa-ruchas son estas, señor crítico! Si el Papa representa á San Pedro y éste á Jesucristo; ¿qué más dá la una que la otra representacion? ¿Es el Catálogo cátedra de derecho canónico?

Pero hé aquí de la humildad del ilustre crítico: sale á palestra un naturalista que sabe más zoología que la Academia y que Don Jacinto juntos, y declara que el cisne que pintó Zurbarán al lado de uno de sus cartujos,

no es tal cisne, como D. Jacinto habia establecido ; sino un simple ansar, un democrático ganso : y el promontorio se achica y confiesa en efecto que se engañó y que no habia tenido en cuenta que el ave en cuestion tiene el pico amarillo y no rojo como los verdaderos cisnes. Arruinado el parecer de D. Jacinto, cae á su lado honrosamente el de la Academia y se salvan la patria, y Zurbarán, y su cuadro. ¡Ganso, es ganso! ¿Cómo pudo V. equivocarse, hombre! V. que les imita en esto de despertar con sus graznidos las potencias adormecidas de los Académicos ignorantes y obcecados, así como ellos despertaron á los romanos al ser sorprendidos por los traidores galos ? Ah! ver á un ganso salvando á una ciudad y á un D. Jacinto salvando á una península ! ¡ Cuánta falta está haciendo ahora en Turquía un ganso ó un D. Jacinto ! ¡ A qué precio no lo pagaría la Sublime Puerta !

En fin ; dejémosle al sol entretenido en sus espurgos, como vieja de nacimiento, y esperemos las nuevas presas que hará con sus ganchudas uñas, en tanto que yo declaro te-

ner limpia la cabeza y aún más limpia la conciencia.

UN OCTAVO SUSCRITOR.

Buenos Aires 5 de Enero de 1877.

Mis queridos *alcides*:

Verdaderamente cuando un pueblo ó una nación tropieza, rebuscando en sus rincones, con un genio de la talla de D. Jacinto, lo primero que debe de hacer, — ¿qué duda tiene?—es entregarle las *llaves del sacristan* á fin de que pueda reir y pueda hablar, en tanto que el género humano calla más tieso que un *ajoporro* y admira; escucha y tiembla! Todo lo más que se puede permitir al estático género humano, es que sonría. Que Don Jacinto llame á los Doctores *necios*, sonrisa; que se le ocurra apellidar á los escritores *botarates*, sonrisa; que las Academias y Liceos, las Universidades y Colegios reciben

de sus almibarados labios los piropos de *estúpidos é ignorantes*, sonrisa ; eterna sonrisa, sonrisa angelical, como cuadra al escuchar esa voz infalible y melíflua que baja del em-píreo para conmover las bóvedas de los Alcázares científicos y los cimientos de los Museos artísticos. Salirle á un pueblo un D. Jacinto, es más que si le tocara á un montañés el premio gordo de la lotería de Navidad. ¡Qué torta, ni qué pavo puede compararse con D. Jacinto !... Si pudiera donarse, alquilarse, darse á préstamo siquiera ó en usufructo, ¿cómo no se lo disputarian las naciones y cómo no le echarian mano algunos embajadores apurados para congraciarse, mediante la dádiva de su uso por algunos días, con las potencias más irritadas ? ¿ Cuántos conflictos internacionales no podría evitar y qué descansada quedaria la localidad que se quitara de encima el peso enorme de esa gigantesca mole de saber y de erudicion ?

Porque hay eruditos que son en la república de las letras, lo que las caseras en las casas de vecindad ; y críticos brujuleadores

que revuelven las cenizas de los literatos muertos y arrancan las túrdigas del pellejo de los vivos, con la misma destreza y el mismo contento con que el traperero pesca con su gancho los jirones de que rellena su cesta ; pero D. Jacinto !... D. Jacinto es el *non plus*, el padron de los críticos, la fragua de la chispa, el estero de la sal ; no hay insolencia que entre sus dulces labios no se convierta en una gracia, ni absurdo que no revista el carácter de un argumento, como no hay literato del siglo XVI que sea autor de sus obras, ni pintor del siglo XV que no haya pintado en caoba.

D. Jacinto siempre fué para mí un *mito*, un ser olímpico ; en lo tonante se parece á Júpiter ; en lo chispero y en lo inteligente en trébedes y parrillas, excede á Vulcano, y en esas muecas y monadas que hace con la pluma y á las que debo los ratos más felices de mi vida, aventaja al selvático dios Momo.

Pero... oh dolor !... D. Jacinto está malo, muy malito ! así es, que acaba de tener un vómito de bilis y cieno, que si le cae encima

á los académicos, les echa á perder el fraque: afortunadamente anduvo listo y recogió sus inmundicias en un papelucho que nadie osará tocar, por miedo á pringarse.

En el culto D. Jacinto, estos vómitos negros son enfermedad endémica: ¡há vomitado contra tantos, y tantas veces, y por tantos motivos! ¡Habrá de vomitar todavía tanto y tantas otras!...

Mas ni áun así se le agotará todo el contenido de su hígado; ya se vé; la indignacion sacrosanta que le producen los académicos, los literatos, los escritores, cuando son así de tres al cuarto y no como su señoría de á ochavo el *hartazgo*, explica perfectamente su estado patológico.

Quina, quina, D. Jacinto; quina y magnesia.

Mas entremos á oírle, y no digo á saborearle, porque se trata de un vómito y no sabemos lo que habria comido su señoría.

Hé aquí la primera basca con que encabeza su delicioso artículo undécimo:

— «En el desatinado prólogo, engendro

abominable de una descarriada fantasía, así en la esencia como en la forma, se habla del Real decreto... etc.» —

Qué tal el mordisco, eh? Tráguese lo usted, D. Jacinto, y de seguro revienta. ¿Qué mil demonios tiene V. en la lengua? Seguro estoy en que para escribir esto, el *culto* literato sólo tuvo que mojar la pluma en la secreción de sus glándulas salivales. Hay obras tan espontáneas, tan redonditas, tan perfectamente acabadas, que verlas ú oírlas es oír ó ver al autor: *el estilo es el hombre*, según dijo Buffon y *bufando* prueba D. Jacinto.

Pero lo que me hace morir de risa, es el pensar la cara que habrá puesto el prologuista al sentir al alfilerazo... Ja... ja... ja... ¡Qué tunantuelo, qué diabólico es este D. Jacinto !...

Engendro abominable !... execrable, anatematizable !... Oh ! qué horrenda maldición; pero dicen que las maldiciones engordan; dígalo si nó D. Jacinto; porque un hombre semejante, por fuerza debe haberlas merecido muy gordas, y á pesar de eso sabemos de su

misma aguda pluma, que es hombre de *buen humor* y que vive feliz. Realmente para ponerse á tiro de ciertas gentes, se necesita tener el pellejo de cazon ó de elefante, como ese proboscídeo de los literatos llamado D. Jacinto. *Fantasia descarriada!*... y tiene razon; esas inteligencias académicas andan como ovejas sueltas por el campo de las artes, sin miedo, ni pastor. Oh! pero ya eso se acabó; porque bueno es D. Jacinto para cabrero!....

Y sigue llamando el eminente crítico á la Academia en pleno *ignorante, descuidada, grotesca, monómana* y otras lindezas por el estilo.

¿Y todo, por qué? Porque no ha introducido toda la Historia del Museo en el Catálogo; ó por mejor decir, porque ha dicho lo que á D. Jacinto no le gusta y ha dejado de decir lo que le ha parecido oportunísimo á D. Jacinto.

Yo creo que cuando uno vá á escribir un libro, es muy dueño de buscar sus fuentes donde mejor le parece, y beber en ellas hasta donde tiene ganas. Don Jacinto, que tiene esa gran afición á los archivos, quiere imponer su monomanía á todo el mundo, y por

eso su afan se cifra en invitar á la Academia á que reviselas actas, las copie, zurza páginas de aquí con páginas de allá, y remiende, y componga con trapos ajenos un vestido para sí propia ; mas tengo para mí que ni la Academia posee esa rara habilidad, que el mundo entero reconocerá en D. Jacinto como rebuscador y confeccionador de libros de artificio, ni tal vez quiso profundizar mucho en el archivo por no mancharse los dedos, ni quizás pudo disponer de todos los datos que el bueno de D. Jacinto supone, porque, á lo que parece, no es la Academia, sino su señoría, quien tiene el archivo en su casa.

Hasta ahí podian haber llegado las bromas: sustraer un documento, un libro, un cuadro ó una reliquia, pase ; eso se está viendo todos los dias ; pero todo un archivo!...

Caracoles!... ¡Qué peripecia!...

Entre las cosas que la Academia ha suprimido en el Catálogo, hállanse las procedencias de ciertos cuadros y algunos interesantes y conmovedores diálogos con el Jefe político.

Si la Academia hubiera leído á D. Ceferi-

no Araujo, es innegable que habria cumplido lo que á este plugo señalar como requisito importante para un Catálogo; fuera parte de que la Academia pudo tener sus razones para callarse ciertas cosas, que vale muchas veces más no *meneallas*, puede consolarse con que otros muchos cataloguistas, el Sr. Madrazo al frente, tampoco han leído á Ceferino ó no les ha dado la gana de obedecerle.

Y por lo que respecta á las comunicaciones con el Jefe político, la Academia ha hecho gracia de ellas al público, asi como de lo referente á la Real órden de D. Pedro Pic Pita Pizarro, y á la protesta del Secretario D. Estanislao Solano, y á las exclamaciones de Viardot al observar que en el *Louvre* no hay nada de Zurbarán, y á otras cuantas pequeñeces que, segun D. Jacinto, tuvieron *una gran publicidad*, y que sin duda por esto y porque se refieren á cuadros que ya no están en el Museo, la Academia no ha querido llenar con ellas inútiles cuartillas.

No deja, sin embargo, de ser irritante y un si es no es escandaloso, que los cataloguistas

gaditanos no hayan dicho una palabra de los cuadros *que no tienen* en el Museo. Pero sin duda todo cuanto se refiere á menudencias, expedientes, dimes y diretes y chismografía, roeduras para estómagos de polilla y comidillas de eruditos de mechinal, ha querido dejarlo la Academia para esas largas columnas con que, como con cañones de á treinta y dos, apunta D. Jacinto desde su escondrijo y hace salvas en honor y gloria de la asendereada corporacion.

Hé aquí para concluir un argumento *ad hominem* que emplea D. Jacinto y con el cual, miéntras que por una parte aparece la buena fé de sus ataques, por otra intenta dar á la Academia su golpe de gracia, hundiéndole la pluma hasta las barbas.

Es costumbre de ciertos *espíritus angélicos* fingir falsos intentos con el propósito de destruirlos y hacer aparecer víctimas de ellos á ciertas personas respetables, para demostrar la crueldad y atrevimiento de los agresores y la legitimidad de esa indignacion que finge el defensor.

D. Jacinto echa mano ingeniosísimamente de este ardid y reduce á la Academia con él á polvo impalpable.

Empieza por suponer, con toda la gracia que Dios le dió, que la moderna Academia censura á la antigua ; cosa falsa, porque la antigua es la misma moderna, con muy ligeras variantes.

Y no es esta vez sola cuando D. Jacinto emplea ese argumento *ad verecundiam*. Enamorado de cuanto la lógica habria condenado en cualquiera como discurso falaz y *engendro* de una razon *descarriada*, ensalza y engrandece estas armas, prohibidas en toda discusion decente, colocando la profunda ignorancia de los confeccionadores y aprobantes del *Catálogo, gente nueva y forastera en Cádiz* (oh! colmo de las iniquidades !...) frente de la sabiduría de los Listas, Galianos, Moras, Arbolies y otros. Ocasión era en efecto de citar estos nombres ilustres, como de callar otros que sólo podrian pronunciarse con profunda indignacion ó con vergonzosa lástima ; mas si esos pobres forasteros que marchan de-

trás, son ignorantes y ocupan sin embargo altos puestos, no ya en la esfera oficial, sino en la estimacion y en el concepto públicos, ¿ por qué los que un dia se hallaron al lado de esas eminencias no siguieron su ejemplo, imitaron sus virtudes y talentos y heredaron su posicion y su gloria ?

En toda poblacion ilustrada hay sabios extranjeros, con cuya adopcion se honran los naturales, y miserables hijos del país, con cuya expulsion ganarian los vecinos. Engalanadas deben hallarse las páginas de ese archivo de nuestro Ayuntamiento, que tanto se precia de conocer D. Jacinto, con títulos de adopcion de personas ilustres á quienes se ha manifestado la gratitud popular con el precioso timbre de *hijos de Cádiz* ; y tal vez al pié de una de esas escrituras, podria encontrarse la firma de algun... infeliz, á quien el azar hizo nacer dentro de estos muros para tormento de algunos y desdicha de todos.

Pero ¿ para qué necesita Cádiz de los Mendozas ni los Listas, de los Gonzalez ni los Galianos, etc. etc., teniendo á D. Jacinto... y

comparsa? Astros fueron aquellos de eterno fulgor, y aunque D. Jacinto por su modestia se cree que alumbra ménos que una vela de sebo, la verdad es que, aunque sea á favor de sus propios mocos, todavía el cabo dá sus chispazos dignos de la fragua del *Caniyitas*.

Mas ahora caigo, mis distinguidos amigos, en que tanto Vdes. como yo propio, nos estamos mezclando en asuntos que no son de nuestra localidad. Esta invasion irrita con sobradísima justicia á esa alma hidalga y esclarecida de D. Jacinto, que, enemiga de todo lo que huele á socialismo y democracia, se declara defensora de las fronteras, entusiasta por el aislamiento egoista del Celeste Imperio, partidaria de la ignorancia y del error propios contra la ilustracion y la ciencia extranjeras, amiga del estancamiento chino y de la máxima de *Juan Palomo*, y refractaria á toda luz que no sea la del candil del freidor ó la del tradicional velon de cinco piqueras, que arde, como luminoso monumento, sobre la no ménos monumental papelera en que guarda los archivos su señoría.

Me retiro, pues, rabo entre piernas, avergonzado de mi osadía, y cedo para siempre el campo ántes que me llame su merced *ignoranton descarriado ó epistolero abominable*, y me tunda con uno de esos latigazos que arria con tanta gracia ese *auriga* de la ilustraciongaditana.

UN NOVENO SUSCRITOR.

VII.

UN SERMON Y UNA DESPEDIDA.

Jesús! D. Jacinto, y qué mal rato he pasado!

Es el caso, que anoche en el Casino unos cuantos hablaban de V., y decian unas cosas, unas cosazas y unas cosillas, que me dejaron atónito.

La verdad: yo no tengo el gusto de conocerle, y si me ocupé de sus artículos fué porque creí que estaban inspirados por amor al arte y por su celo al buen nombre de Cádiz, de la que sin duda V. se habia declarado defensor necesario.

Mas cuando expresé esta idea (sin decir que era yo el mantenedor de su causa), una interminable y general carcajada acogió mi aserto, sin dejarme hablar á fuerza de exclamaciones.

—D. Jacinto censurar á la Academia: qué desvergüenza!—decia uno.

—Hombre ! pero V. no sabe de la misa la media : si parece mentira que D. Jacinto se atreva á decir nada de clasificación de cuadros !—añadia otro.

—Ocuparse D. Jacinto de archivos!—exclamaba un tercero, con cuatro pulgadas de boca abierta.—A qué tiempo hemos llegado !

Y así siguió una rociada interminable de exclamaciones.

Yo me quedé confuso, perplejo, anonadado, sin saber qué hacer, ni qué decir.

Al cabo, balbuceando, dije:—Pero señores, ¿ Vdes. conocen á D. Jacinto ?

—Que si le conocemos ! Por supuesto !—dijeron todos.

Hubo un momento de pausa. Por último, el más anciano y respetable de la reunion, con voz solemne y reposada, exclamó :

—Le conozco de toda su vida. Muchas cosas pudiera decir de él, que quizás ignoran Vdes.; pero no diré nada.

Si tuviera medios de dar un buen consejo á ese desgraciado, se lo daria; pues es obligacion cristiana el aconsejar el bien á nues-

tros semejantes, y aunque hubiera de perder el trabajo, le diría:—D. Jacinto, emplee V. su inteligencia y su instruccion en cosas útiles y buenas, y no busque más enemigos, que demasiados tiene en Cádiz.

Herir á una corporacion sólo por el depravado gusto de hacerle daño (V. lo ha dicho), ó por un ódio inmotivado (que V. no ha dicho), es profundamente antipático y hasta repugnante para todo corazon noble, y es además, un mal gravísimo que V. se acarrea sin beneficio para nadie, ni para nada; pues á ello no se vé obligado en defensa de la justicia, de la virtud ó de la honradez.

Si un espíritu de justicia y de verdadero amor al arte hubiera guiado su pluma, tendria V. á su lado á todas las personas honradas; porque la honradez y la virtud atraen á las almas justas.

Pero no ha sido así. No ha querido V. más que hacer daño, y el dardo se ha vuelto contra V. mismo. Si el Catálogo tiene errores (y ya sus autores indicaban que podia tenerlos, y áun pedian indulgencia por ello), pudo

subsanarlos remitiendo á la Academia sus observaciones en lenguaje decente y culto; y ella, al par que habérselo agradecido, hubiera corregido lo que digno de correccion fuera, adicionando así su Catálogo. Tal conducta hubiera sido digna y caballeresca, y si algun motivo existiera que desviasse á la Academia de V., habria cesado; porque nada hay más grande ni que atraiga más la voluntad, que una accion generosa.

Si V. tenia algun agravio de la Academia, este era un motivo más para obrar con mayor delicadeza, con más hidalguía; porque V. echaba un baldon sobre sí, censurando á quien creia que le habia agraviado; pues no hablaba en V. la razon, sino el despecho. Además, D. Jacinto, repliéguese V. á su conciencia, medite y vea si la Academia ha querido deliberadamente agraviarle, ó ha sido la *irresistible marcha de los sucesos*, que ella no provocó, ántes al contrario, quiso eliminar, la que quizás á V. le ha contrariado. Pues la Academia, sólo se propuso dejar á salvo, tal

vez con exagerada insistencia, su honra, su decoro y buen nombre.

Por lo demás ¿qué ha conseguido V. con su conducta en este asunto? Crearse mayor número de enemigos; ó cuando ménos de personas para quienes V. no tiene, ni puede tener simpatías; á la vez que ha dado margen á que le digan cosas que quizás nunca hubieran pensado en decirle.

Porque, por mucho que V. crea que vale, no puede ni en ciencias, ni en artes, ni en literatura, ni en influencias, ni en nada que sea digno y noble, valer más que la Academia de Cádiz, y es presuncion ridícula creer lo contrario.

En fin : en una sola frase diria yo á D. Jacinto lo que le hace falta : variar completamente de marcha y atraerse las simpatías de la opinion pública. No herir, no atacar á nadie, sino todo lo contrario, desagruar á muchos. —

Los que escuchamos estas palabras quedamos en silencio ; mas yo estaba á punto de declarar cuán inocentemente me habia hecho

paladin de D. Jacinto; no tuve valor para ello y permanecí en silencio como los demás. Después de una larga pausa, varios dijeron:

—Es verdad! Qué lástima de hombre! Pudo haber sido en Cádiz cuanto hubiera querido; pero le ha faltado tacto y se ha creado muchas y fuertes enemistades.—

Yo me despedí pensativo y aquí me tienen Vdes. á la mitad ó ménos de mi trabajo, sin fuerzas para proseguirle. Dóile aquí por terminado, rogando á mis lectores que me hagan gracia del resto; porque despues de tan juiciosas y atinadas razones, yo creo que mi héroe ha de ser otro.

Conque, agur, D. Jacinto, descanse V. y duerma, si puedo, y pídale á Dios que no haya necesidad de otro *paso honroso* de Sue-ro de Quiñones.

Año nuevo, vida nueva: ya sabe V. que de los arrepentidos es el reino de los cielos.

UN SUSCRITOR.

Filadelfia 11 de Enero de 1877.

Brillante defensa habeis hecho, ¡oh admirables paladines! más que Amadis de Gaula y Tirante el Blanco famosos, de esa entidad pasmosa, que para regocijo de las letras patrias y sosiego del arte irritado, poseeis en esa concha de los mares que lleva el dulce nombre de Cádiz.

Contento debe quedar D. Jacinto por bien despachado, y orgulloso por verse correspondido en el mismo terreno en que presentó la descomunal batalla librada por su invencible pluma contra esa insoportable Academia.

Vuestras brillantes defensas merecen coleccionarse en inmortales páginas, al lado de las imperecederas de D. Jacinto, de las que yo sé que han de rodar por el mundo y verse á todos los idiomas humanos. Corred á colocar las vuestras, que hacen perdurables, aún más que su correspondencia fiel con las del eminente crítico, la misma altisonante perso-

nalidad de este ingenio: y vayan unidas á través de pueblos y de siglos, para eterno renombre del varon más preclaro y del espíritu más recto que habrán de ver las futuras edades.

Paréceme que escucho el vivo clamoreo que se levanta del austro al septentrion, demandando publicidad y consistencia para esos vivos y deslumbradores destellos del concienzudo é imparcial crítico y de sus generosos y justos apologistas: y que queden en fama sempiterna esos periódicos que han sustentado tan brillantes ataques por parte de D. Jacinto y tan dignas defensas del *atacante* por parte vuestra.

¡Cuánto vale esa magnífica institucion de la prensa cuando así se emplea en aquilatar méritos, en hacer y deshacer reputaciones, en abrir ancho curso á la justicia y en guerrear contra los usurpadores de agenos méritos y los detentadores de puestos inmerecidos!...

Figúrome esa ciudad ilustre en manos de una media docena de vulgares ambiciosos,

de esos que sin más que su trabajo y su instrucción, y tal vez por el pueril derecho que les dá una oposición, se alzan hasta esas respetables cátedras desde las que se instruye á la juventud y se prepara y elabora el porvenir moral de los pueblos. Figúromelos consumiendo tontamente su juventud y su vida, encorbados sobre los libros, absorbiendo una ciencia que les procure el amor y el agradecimiento populares, ya que no el bienestar presente y la seguridad del porvenir, y á favor de la cual llegan á abrirse honroso paso hasta el corazón conmovido de las gentes ilustradas y á procurarse el fallo justiciero de las autoridades celosas.

Los veo conquistar con su viva aplicación y su verdadero, aunque cándido, patriotismo, esos puestos que tantos se limitan á envidiar sin merecer, y para los que un día el tino gubernamental les designa, deseoso, aún más que de premiar el mérito, de regenerar las más altas corporaciones, limpiándolas de elementos perniciosos y de gérmenes de escándalos y ambiciones.

Les hallo encumbrados en esas alturas difíciles de habitar, y en esas regiones en que sólo respiran los espíritus laboriosos y desinteresados, en que no se pescan pingües sueldos ni relucientes condecoraciones, y que sólo deben ocupar los que sienten el pueril antojo de hacer bien al pueblo que les guarda en su seno y la ridícula ambicion de merecer por junto el general aprecio y el debido respeto, y les veo agitarse bajo el peso de una carga tremenda, que sólo pueden resistir una fé estólida y una abnegacion risible, unidas quizás á una aficion estúpida al trabajo y un culto fanático por la ciencia y el progreso.

Observo con admiracion que el periodismo tradicional é ilustrado, les contempla con extraño interés, les respeta con increíble afecto y les aplaude con estupendo entusiasmo: y que haciendo de ellos una rara, pero unánime y constante excepcion, no sólo les conserva alejados de sus vivas contiendas, sino que depone su excitacion, prescinde de su irritable temperamento y calma su efervescencia, cuando va á hablar de ellos y á dar cuenta de uno

cualquiera de sus méritos ó de sus sacrificios, dedicándoles la parte más serena, más amena y más bella del órgano del partido, como se guardan las notas más dulces y conmovedoras de un instrumento para dejar sentir las melodías del amor.

Pero de repente, observo tambien que aparece en el público palenque una modesta revista que ostenta sobre su frente el honroso timbre de literaria y artística: lleva un nombre que impone toda clase de deberes y respetos, tales como *La Justicia*, *La Honradex* ó *La Verdad*, y parece llamada á defender cuanto tenga en la localidad un valor científico, un precio moral y un concepto é interés intelectuales y civilizadores, ya proceda de institucion, ya de persona investida del carácter que imprime el sacerdocio de la enseñanza, ó del sello que imponen las obras de la ilustracion.

Finjamos por un instante y no más que para robustecer y adornar nuestra hipótesis, que el alma de esta bella publicacion, el inspirador ó Director de esta Revista, á la que daremos el nombre de *La Verdad*, por ser más

breve, y para que más en claro aparezca la enormidad de su error, fuese un ex-comerciante en libros, un honrado padre de familia, que vendiendo el fruto de tantas inteligencias, los latidos de tantos corazones, las amargas lágrimas quizás del hambre, y los gemidos tal vez del infortunio, ha calmado durante largos años el llanto de sus hijos, les ha mantenido cubiertas las carnes y lleno el estómago, ha comprado con el precio de *Os Luisiadas* el primer juguete delicia de su pequeñuelo, con el del *Quijote* el primer placer que devora su hijo, con el del gran poema el gaban que le calienta y con el del humilde texto del Instituto el traje que le pisa el novio á su hija.

Este hombre, no hay que dudar, ama á la ciencia, es el amigo del maestro y el acólito de la Escuela: cada casa de enseñanza es para él un oráculo; cada institucion científica un templo; cada libro una reliquia; cada profesor un sacerdote; cada autor un héroe; cada artista casi un ángel.

Las columnas del periódico cederán bajo el peso de las alabanzas; aquellos renglones,

trazados con ese delicioso néctar que destila la gratitud, mezcla de justicia y de bondad, van á llevar el aliento á los espíritus desfallecidos, la más pura de las indemnizaciones á los entendimientos laboriosos, el más bello de los premios á las conciencias honradas. Academias, liceos, facultades, escuelas, instituciones todas propagadoras de la luz, centros de irradiacion del trabajo, púlpitos de la ciencia y de la grandeza humanas, escritores, catedráticos, artistas, maestros, entendimientos estudiosos, conciencias sanas y rectas, obremos de la inteligencia, abejas que labrais el dulce panal del arte, aquí teneis vuestro defensor, vuestro antiguo amigo; modesto por sí, pero grande por su intencion y por su empresa. Para defender las personas le basta la memoria; para defender las cosas, le sobra el patriotismo.

« Mi publicacion es vuestra—les dice:—comí con vuestros libros y vuestras compras, ahora vais á honraros por mi justicia y mi nobleza. Esta Revista que concibo y fundo, está á vuestro lado, como yo con vosotros ;

porque sólo así puede vivir vida digna de este pueblo y de mí mismo; que ni me he de olvidar de lo que debo á la calidad de escritor con que hoy me muestran, ni de lo que merece esta ciudad en que nací y de la que espero auxilios de todos géneros. »

« Léjos de mí los intereses personales, léjos del alma cristiana los rencores y las envidias, que no quiero al fijar los ojos en las páginas de mi devocionario, ver los bigotes del escritor á quien zaherí ó el ceño del maestro á quien he intentado desprestigiar. »

« Léjos los *bombos* construidos con serviles adulaciones para atraerme la subvencion de la autoridad, ó para cazar suscritores cándidos, ó para pescar colaboradores inocentes que pongan su talento y su firma á servicio de una intencion mezquina y de un propósito miserable. »

« Fuera ese arte de *pillar el queso*, entonando ridículos himnos á la vanidad, ni atufando con el humo del turíbulo, hasta que el *cuervo abra el pico*. ¡ Fuera ese maquiavélico ardid de excitar envidias y concitar ánimos

con un ridículo y grosero juego de adulaciones y censuras ingeniosamente distribuidas.»

«¡ Fuera, fuera ese manejo de sueltos y gacetillas con que sólo podríamos crearnos una popularidad falsa, y enredarnos en una torpe malla de propios aplausos ! ¿ Cuántos y quiénes habrán de estar á nuestro lado, si al fin y al cabo todos nos conocemos, y la tela es burda, y la justicia ha de triunfar ? »

«¡ Fuera, mil veces fuera de estas páginas tranquilas y plácidas, esos artículos emponzoñados por la hiel del personalismo y el virus de la impotente rabia, en que se ataca con destempladas voces y reprobadas armas algo respetable y digno ! ¡ Anatema contra esa crítica calumniosa y virulenta, en que se disimula el rencor con el insulso cuentecillo, y se emboza el ódio bajo los pliegues del amargo chiste. ¡ Maldicion contra esa saña que dispara dardos sobre pechos desprevenidos, y contra esa traicion que dirige sus tiros hácia corazones desnudos é inocentes !... »

A otro lado esas ridículas acusaciones judiciales contra quien tiene más dignidad y

más razon que nosotros, para manchar nombres que hemos debido respetar, ya que no supimos honrarlos: disípanse esos empeños ridículos de abatir hasta nosotros lo que no podemos tocar elevándonos; que es más noble, y más decente, y hasta más fácil, intentar la propia subida, que el descenso ajeno ! Huyan para siempre esos artículos anónimos y esas personalidades falsas, tan expuestas á una censura acre, ó á una burla escandalosa, y á cuya sombra sólo se engendran asquerosas delaciones, ó ridículas bufonadas: dejémonos de amenazas que hacen reir y de fueros que hacen despreciar, y de frases de efecto entre los bobos y de palabras que al fin hemos de recoger.»

«Tengamos seso, prudencia, dignidad y... talento ! —»

Con tales propósitos, hé aquí *La Verdad*: seguro estoy de que se abrirá paso al lado de los hombres que la alimentan, y que honrará á su patria, honrándolos á ellos y honrándose á sí propia.

Hé aquí, mis queridos guerreros, lo que

oigo y lo que creo ver desde aquí en esa ciudad: y es evidente que si tal periódico existe, en él habrán tenido cabida al ménos los escritos del ínclito y eminente D. Jacinto Flores Estrada. En cuanto á los vuestros y áun á este mio, aunque hecho en su defensa, ya sé que ha sido preciso concitar á todo un partido, poner poco ménos que en armas á una poblacion y causar una verdadera revolucion, para que obtengán un modesto asilo á los pies de un digno y respetable periódico, al que habrá que agradecer esta prueba de generosidad, de amor á la justicia y de verdadero patriotismo.

Agradecemosle todos esta distincion cariñosa, y agradézanla tambien D. Jacinto y áun el Director de la Revista en que han visto la pública luz los abortos de ese ingenio mimado de las musas, agasajado por las ciencias, acariciado por las artes y llevado en triunfo por todos nosotros.

UN ÚLTIMO SUSCRITOR.

